TH. RIBOT

Psicología de la atención.

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA
DE
RICARDO RUBIO

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.

1899

IMPRENTA Y FOTOGRABADO DE ENRIQUE ROJAS
Pizarro, 16, Madrid.

PSICOLOGÍA DE LA ATENCIÓN

INTRODUCCIÓN

Objeto del libro: estudio del mecanismo de la atención.—División del asunto.—Definición de la atención.

Se ha hablado mucho de los efectos de la atención; muy poco de su mecanismo. Este último punto es el único que me propongo tratar en mi trabajo. Aun encerrada en estos límites, la cuestión es importante porque, como se verá después, forma el complemento necesario de la teoría de la asociación. Si este ensayo contribuye, por poco que sea, á demostrar tal vacío de la psicología contemporánea y á excitar á otros para llenarlo, habrá cumplido su objeto.

Sin intentar por el momento definir ó caracterizar la atención, supondré que todos entienden suficientemente lo que esa palabra designa. Mayor dificultad es la de saber dónde comienza la atención y dónde concluye, porque comprende todos los grados, desde el instante fugitivo concedido al zumbido de una mosca, hasta el estado de completa absorción. Conforme á las reglas de un buen método, no deberán estudiarse más que los casos bien francos y típicos, es decir, los que presenten al menos uno de estos dos caracteres: la intensidad ó la duración. Cuando ambos coinciden, la atención alcanza su máximum. La duración sola puede llegar á este resultado por acumulación: cuando, por ejemplo, á la luz de muchas chispas eléctricas se descifra una palabra ó una figura. La intensidad sola es del mismo modo eficaz; así una mujer, en un abrir y cerrar de ojos, se entera del tocado entero de una rival. Las formas débiles de la atención nada pueden enseñarnos, ó en todo caso, no es por ellas por donde debe comenzar nuestro estudio. Mientras no se hayan trazado las grandes líneas, es ocioso

anotar las medias tintas y detenerse en sutilizas.

El objeto de este trabajo es determinar y justificar las proposiciones siguientes:

Hay dos formas bien distintas de atención: una espontánea, natural; otra voluntaria, artificial.

La primera, olvidada por la mayor parte de los psicólogos, es la forma verdadera, primitiva, fundamental de la atención. La segunda, única estudiada por la mayoría de los psicólogos, no es más que una imitación, un resultado de la educación, del aprendizaje, del adiestramiento. Precaria y vacilante por naturaleza, saca toda su sustancia de la atención espontánea, en la que encuentra su punto de apoyo. No es más que un aparato de perfeccionamiento y un producto de la civilización.

La atención, bajo estas dos formas, no es una actividad indeterminada, una especie de «acto puro» del espíritu, que obra por medios misteriosos é incomprensibles. Su mecanismo es esencialmente *motor*, es decir, que actúa siempre sobre músculos y mediante múscu-

los, principalmente en forma de una suspensión; y podría elegirse como epígrafe de este estudio la frase de Maudsley: «El que es incapaz de gobernar sus músculos es incapaz de atención.»

Esta, bajo sus dos formas, es un estado excepcional, anormal, que no puede durar mucho tiempo, porque está en contradicción con la condición fundamental de la vida psíquica: el cambio. La atención es un estado fijo. Si se prolonga excesivamente, sobre todo en condiciones desfavorables, todos sabemos por experiencia que se produce una obnubilación del espíritu, cada vez mayor, y, por último, una especie de vacío intelectual, con frecuencia acompañado de vértigo. Estas perturbaciones ligeras, transitorias, denotan el antagonismo radical de la atención y de la vida psíquica normal. La marcha hacia la unidad de la conciencia, que constituye el fondo mismo de la atención, se manifiesta mejor aún en los casos francamente morbosos que estudiaremos más tarde, bajo su forma crónica, que es la idea fija, y bajo su forma aguda, que es el éxtasis.

Desde ahora y sin salir de generalidades, podemos, con ayuda de ese carácter bien neto —la tendencia hacia la unidad de la conciencia—llegar á definir la atención. Observando un hombre adulto, sano, de inteligencia media, vemos que el mecanismo ordinario de su vida mental consiste en un vaivén perpetuo de fenómenos interiores, en un desfile de sensaciones, de sentimientos, de ideas y de imágenes, que se asocian ó se repelen, según ciertas leyes. Propiamente hablando, no es, como se ha dicho con frecuencia, una cadena, una serie, sino más bien una irradiación en muchos sentidos y en muchas capas, un agregado móvil que se hace, se deshace y se rehace incesantemente. Sabido es que este mecanismo ha sido muy estudiado en nuestros días, y que la teoría de la asociación forma una de las partes más sólidas de la psicología contemporánea. No es que esté todo hecho; porque, en mi opinión, no se ha tenido bastante en cuenta el papel de los estados afectivos, como causa oculta de un gran número de asociaciones. Más de una vez sucede que una idea evoca otra idea, no en virtud de una se

mejanza, que les sería común en cuanto representaciones, sino porque hay un mismo hecho afectivo que las envuelve y reune (1). Falta referir las leyes de la asociación á las leyes fisiológicas: el mecanismo psicológico, al mecanismo cerebral que le sostiene; pero estamos aún bien lejos de ese ideal.

El estado normal es la pluralidad de los estados de conciencia, ó siguiendo una expresión empleada por ciertos autores, el polideismo. La atención es la suspensión momentánea de ese desfile perpetuo en provecho de un solo estado: es un monoideismo. Pero hace falta determinar bien en qué sentido empleamos este término. La atención, ¿es la reducción á un solo y único estado de conciencia? No; la observación interna nos enseña que no es más que un monoideismo *relativo*, es decir, que supone la existencia de una idea madre que atrae cuanto se relaciona con ella, y nada más, sin permitir que se produzcan asociaciones más que en muy estrechos límites, y á condición de que converjan hacia un

(1) Véanse buenos ejemplos en J. Sully, *Illusions*, capítulo II.

mismo punto. Arrastra en provecho suyo, al menos en la medida de lo posible, toda la actividad cerebral.

¿Existen casos de monoideismo *absoluto*, en que la conciencia esté reducida á un solo y único estado que la ocupe por completo, y en donde el mecanismo de la asociación se suspenda totalmente? En mi opinión, esto se encuentra en algunos casos muy raros de éxtasis, que analizaremos más tarde; pero es un instante fugitivo, porque la conciencia, colocada fuera de sus condiciones necesarias de existencia, desaparece.

La atención (recordemos una vez más, para no volver sobre ello, que no estudiamos sino casos muy precisos) consiste, pues, en la sustitución de una unidad relativa de la conciencia á la pluralidad de estados, al cambio, que es la regla. De todos modos, esto no basta para definirla. Un gran dolor de muelas, un cólico nefrítico, una alegría intensa, producen una unidad momentánea de la conciencia, que no podemos confundir con la atención. La atención tiene un objeto: no es una modificación puramente subjetiva, sino un

conocimiento, un estado intelectual. Nuevo carácter que hay que notar.

Esto no es todo. Para distinguirla de ciertos estados con los cuales se relaciona, y que serán estudiados en el curso de este trabajo (por ejemplo, las ideas fijas), debemos tener en cuenta la adaptación que la acompaña siempre y que—como trataremos de demostrar—es lo que en gran parte la constituye. ¿En qué consiste esta adaptación? Por el momento, limitémonos á una ojeada superficial.

En los casos de atención espontánea, el cuerpo entero converge hacia su objeto: los ojos, las orejas, algunas veces los brazos, todos los movimientos se suspenden. La personalidad se ve presa; es decir, que toda la inclinación del individuo, toda su energía disponible, tienden á un mismo punto. La adaptación física y exterior es la señal de la adaptación psíquica é interior. La convergencia es la reducción á la unidad, sustituyendo á la difusión de los movimientos y de las actitudes, que caracteriza al estado normal.

En los casos de atención voluntaria, la adaptación es las más de las veces incompleta,

intermitente, sin solidez. Los movimientos se suspenden, mas para reaparecer de tiempo en tiempo. El organismo converge, pero de un modo blando y flojo. Las intermitencias de la adaptación física son la señal de las intermitencias de la adaptación mental. La personalidad no se absorbe más que parcialmente y por momentos.

Ruego al lector que me excuse por lo que estas breves observaciones tengan de oscuro y de insuficiente. Los pormenores y las pruebas vendrán después. Se trataba solamente de preparar una definición de la atención, que creo poder proponer en esta forma: *Es un monoideismo intelectual, con adaptación espontánea ó artificial del individuo.* O si se prefiere esta otra fórmula: *La atención consiste en un estado intelectual, exclusivo ó predominante, con adaptación espontánea ó artificial del individuo.*

Dejemos ahora estas generalidades para estudiar en su mecanismo todas las formas de la atención.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ATENCIÓN ESPONTÁNEA

La atención espontánea tiene siempre por causa estados afectivos; hechos en apoyo de esta opinión.—Sus manifestaciones físicas; fenómenos vaso-motores, respiratorios, motores ó de expresión.—Los supuestos efectos de la atención son sus factores indispensables y sus elementos constitutivos.—La atención no es más que el aspecto subjetivo de las manifestaciones físicas.—La sorpresa.—Origen de la atención espontánea; está ligada á las condiciones necesarias de la vida.

I

La atención espontánea es la única que existe hasta tanto que la educación y los medios artificiales intervienen. No existe otra en la mayor parte de los animales y en los niños. Pero, fuerte ó débil, siempre y en todas par-

tes *tiene por causa estados afectivos*. Esta regla es absoluta, sin excepción.

El hombre, como el animal, no presta espontáneamente su atención más que á lo que le interesa, á lo que le conmueve, á lo que produce en él un estado agradable, desagradable ó mixto. Como el placer y el dolor no son más que signos de que ciertas tendencias nuestras están satisfechas ó contrariadas, y como nuestras tendencias son lo que hay de más íntimo en nosotros, como expresan el fondo de nuestra personalidad, de nuestro carácter, se sigue de aquí que la atención espontánea tiene sus raíces en el fondo mismo de nuestro ser. La naturaleza de la atención espontánea en una persona revela su carácter, ó al menos sus tendencias fundamentales. Nos enseña si un espíritu es frívolo, trivial, limitado, abierto, profundo. La portera presta espontáneamente toda su atención á la chismografía; el pintor, á una hermosa puesta de sol, en la que el campesino sólo ve la aproximación de la noche; el geólogo, á las piedras que encuentra, en las que el profano sólo ve cantos. Que el lector observe en sí

mismo y á su alrededor; los ejemplos son tan fáciles de encontrar, que es inútil insistir.

Sería asombroso que una verdad tan evidente, que salta á los ojos—la atención espontánea, sin un estado afectivo anterior, sería un efecto sin causa—no fuese desde hace mucho tiempo un lugar común en psicología, si la mayor parte de los psicólogos no se hubiesen obstinado en no estudiar más que las formas superiores de la atención, es decir, en comenzar por el fin (1). Importa, por el contrario, insistir sobre su forma primitiva; sin ella, nada se comprende, nada se explica, todo está en el aire, y nos quedamos sin hilo conductor para este estudio. Por esto no tememos multiplicar las pruebas.

Suponiendo á un hombre ó á un animal incapaces de experimentar placer ó disgusto, se-

(1) Los psicólogos que han visto claramente la importancia de los estados afectivos en la atención son tan poco numerosos, que no encuentro apenas que citar más que á Maudsley, *Physiologie de l'esprit*, cap. V; Lewes, *Problems of Life and Mind*, t. III, p. 184; Carpenter, *Mental Physiology*, c. III; Horwicz, *Psycologische Analysen*, t. I, y algunos discípulos de Herbart, particularmente Volkman von Volkmar, *Lehrbuch der Psychologie*, t. II, § 114.

rían incapaces de atención. No podrían existir para él más que unos estados más intensos que otros, lo cual es muy diferente. Es, pues, imposible sostener, en el mismo sentido que Caudillac, que si en medio de una multitud de sensaciones hay una que predomina por su viveza, «se trasforma en atención.» No es la intensidad sola la que actúa, sino ante todo nuestra adaptación, es decir, nuestras tendencias contrariadas ó satisfechas. La intensidad no es más que un elemento, frecuentemente el menor. Así se observa cuán natural y sin esfuerzo es la atención espontánea. El paleto que vaga por las calles, se queda con la boca abierta ante un cortejo ó una mascarada que pasa; imperturbable mientras dura el desfile. Si, en un momento dado, aparece el esfuerzo, es señal de que la atención cambia de naturaleza, que se hace voluntaria, artificial.

En la biografía de los grandes hombres abundan los rasgos que prueban que la atención espontánea depende por completo de los estados afectivos. Estos rasgos son los mejores, porque nos presentan el fenómeno en toda

su fuerza. Las grandes atenciones son siempre causadas ó sostenidas por grandes pasiones. Fourier, dice Arago, fué turbulento é incapaz de aplicación hasta los trece años: entonces se inició en los elementos de las matemáticas, y llegó á ser otro hombre. Malebranche tomó por casualidad y con repugnancia, el tratado del *L'Homme*, de Descartes; esta lectura «le causó palpitaciones del corazón tan violentas, que se vió obligado á dejar el libro frecuentemente, é interrumpir la lectura para respirar á gusto», y se hizo cartesiano. Es bien inútil hablar de Newton y de tantos otros. Se dirá quizá: Esos rasgos son la señal de una vocación que se revela. Pero, ¿qué es, pues, una vocación, sino una atención que encuentra su camino y se orienta para toda la vida? Hasta no hay más hermosos ejemplos de la atención espontánea, porque ésta no dura en ellos algunos minutos ó una hora, sino siempre.

Examinemos otro aspecto de la cuestión. El estado de atención, ¿es continuo? Sí, en apariencia; en realidad, es intermitente. «Lo que se llama poner atención á un objeto, es

estrictamente hablando, seguir una serie de impresiones y de ideas relacionadas, con un interés continuamente renovado y profundo. Por ejemplo, cuando se asiste á un espectáculo dramático.. aun cuando se trate de un pequeño objeto material, como una moneda ó una flor, hay una transición continua del espíritu de un aspecto á otro, una serie de sugestiones. Sería, pues, más exacto decir que el objeto es un centro de atención, el punto de donde parte, y al que vuelve continuamente (1).»

Las investigaciones psicofísicas de que hablaremos más tarde (cap. II, párrafo 4.°), demuestran que la atención está sometida á la ley del ritmo. Stanley Hall, estudiando muy cuidadosamente los cambios graduales de presión producida en el extremo del dedo, ha comprobado que la percepción de la continuidad parece imposible, que el sujeto no puede tener un sentimiento de crecimiento ó de decrecimiento continuo. La atención elige entre varios grados de presión para com-

(1) J. Sully, *Outlines of Psychsology*, c. IV.

pararlos. Ciertos errores en el registro de los fenómenos astronómicos son también debidos á estas oscilaciones de la atención (1).

Maudsley y Lewes han asimilado la atención á un reflejo; sería más justo decir á una serie de reflejos. Una excitación física produce un movimiento. Del mismo modo un estímulo que viene del objeto produce una adaptación incesantemente repetida. Los casos profundos y tenaces de atención voluntaria tienen todos los caracteres de una pasión que no se sacia y que se renueva perpetuamente para tratar de satisfacerse. El dipsómano, en presencia de un vaso de vino, se lo bebe; y si un hada maléfica lo llenase á medida que lo bebiera, no se contendría nunca. Con la pasión erótica pasa lo mismo. Vicq d'Azyr pretendía que los monos no son educables porque no es posible hacerles que fijen la atención (idea por lo demás falsa). Gall replicaba: Enseñad á un mono su hembra, y veréis si es capaz de atención. En presencia de un problema científico, el

(1) *American Journal of Psychology, 1897,* núm. 1.— *Philosophische Studien, 1898,* t. V, pág. 56 y siguientes.

espíritu de un Newton obra lo mismo; es una irritación perpetua que le domina sin tregua ni reposo. No hay hecho más claro, más incontestable, más fácil de comprobar que éste: la atención espontánea depende de estados afectivos, deseos, satisfacciones, descontentos, envidias, etc., su intensidad y su duración dependen de la intensidad y duración de éstos.

Notemos aquí un hecho importante en el mecanismo de la atención. Esta intermitencia real, en una continuidad aparente, es la que hace posible una atención sostenida. Si fijamos un ojo sobre un punto único, al cabo de algún tiempo la visión se hace confusa, se forma como una nube entre el objeto y nosotros, y finalmente, no vemos nada. Si ponemos la mano de plano, extendida sobre una mesa, sin apoyar (porque la presión es un movimiento), poco á poco la sensación se amortigua y concluye por desaparecer. Es que no hay percepción sin movimiento por débil que sea. Todo órgano sensorial es á la vez sensitivo y motor. En cuanto una inmovilidad absoluta elimina uno de los dos elemen-

tos (la movilidad), la función del otro se reduce bien pronto á la nada. En una palabra, el movimiento es la condición del cambio, que es una de las condiciones de la conciencia. Estos hechos bien conocidos, de experiencia vulgar, nos hacen comprender la necesidad de esas intermitencias en la atención, con frecuencia imperceptibles para la conciencia, porque son muy cortas y de un orden muy delicado.

II

Las manifestaciones físicas de la atención son numerosas y de muy grande importancia. Vamos á pasarlas revista minuciosamente, previniendo de antemano que las consideramos menos como efectos de ese estado del espíritu que como sus condiciones necesarias, con frecuencia como sus elementos constitutivos. Este estudio, lejos de ser accesorio, es capital para nosotros. Para obtener una idea algo clara del mecanismo de la atención, no hay que buscarla en otra parte. No es, en

definitiva, más que una actitud del espíritu, un estado puramente formal; si se la despoja de todos los acompañamientos físicos que la determinan y le dan cuerpo, quedamos en presencia de una pura abstracción, de un fantasma. Asi, los que no han hablado de la atención sino únicamente por observación intensa, nada dicen sobre su mecanismo, y se limitan á celebrar su poder.

Hay que tener siempre presente en la memoria este principio fundamental: todo estado intelectual va acompañado de manifestaciones físicas determinadas. El pensamiento no es, como todavía admiten muchos por tradición, un fenómeno que pasa en un mundo suprasensible, etéreo, inaccesible. Repetiremos con Setchenoff: «sin expresión no hay pensamiento», es decir, el pensamiento es una palabra ó un acto en estado naciente, ó sea un comienzo de actividad muscular. Las formas sensoriales de la atención demuestran bastante claramente este principio para que nadie lo ponga en duda: lo mismo pasa con esa forma interior y oculta, de que hablaremos más tarde, que se llama la reflexión.

Los concomitantes físicos de la atención pueden referirse á tres grupos: fenómenos vaso-motores, fenómenos respiratorios, fenómenos motores ó de expresión. Todos denotan un estado de convergencia del organismo y de concentración del trabajo.

I. «Supongamos que veinte personas fijan su atención durante cinco ó diez minutos sobre su dedo pequeño; he aquí próximamente lo que sucederá: algunos no tendrán conciencia de ninguna sensación, otras experimentarán marcadas sensaciones, sufrimientos, dolor, latidos arteriales; la mayor parte sentirán una débil impresión de pesadez y de hormigueo. Este sencillo experimento sugiere las cuestiones siguientes: ¿No hay siempre en tal ó cual parte del cuerpo sensaciones debidas á las modificaciones incesantes de los tejidos, modificaciones que pasan inadvertidas, á menos de que la atención se fije en ellas? El acto de atender, ¿puede aumentar la actividad vascular de los ganglios sensoriales y hacer nacer en ellas sensaciones subjetivas? En fin, los centros simpáticos, ¿pueden ser ex-

citados y los nervios vaso-motores influídos de modo que se determinen modificaciones vasculares transitorias en el dedo á que se refiere la sensación? La primera suposición no parece verisímil más que en muy débil medida. A decir verdad, se puede experimentar siempre una sensación en el dedo cuando se procura atentamente buscar esa sensación. Pensamos que las otras dos suposiciones son muy fundadas. Quizás la sensación experimentada es parcialmente subjetiva; pero, á nuestro entender, el dedo sobre el que se fija el pensamiento durante un tiempo bastante largo es asiento realmente de una sensación. Las modificaciones vasculares que sobrevienen, se aprecian en forma de latidos arteriales, de pesadez, etc.» (1)

Es extraordinariamente probable y casi universalmente admitido que la atención, aun cuando no se aplique á ninguna región de nuestro cuerpo, va acompañada de hiperemia local de ciertas partes del cerebro. La vascularización de las partes interesadas, aumenta á consecuencia de una actividad funcional

(1) Hack Tuke, *L'Esprit et le Corps*, trad. Parent, p. 2.

mayor. Esta hiperemia local tiene por causa una dilatación de las arterias que, á su vez, es producida por la acción de los nervios vaso-motores sobre las túnicas musculares de las arterias. Los nervios vaso-motores dependen del gran simpático, que está sustraido á la acción de la voluntad, pero que sufre todos los influjos de los estados afectivos. Los experimentos de Mosso, entre otros, demuestran que la emoción más ligera, la más fugitiva, causa un aflujo de sangre al cerebro. «La circulación sanguínea es más activa en el órgano cerebral durante el trabajo que durante el reposo. Estamos, pues, autorizados para decir que al dirigirse la atención sobre un conjunto de ideas produce el efecto de acelerar la circulación en el substratum nervioso de estas ideas. Esto es precisamente lo que sucede cuando una idea se ha apoderado fuertemente del espíritu: mantiene en el espíritu una circulación activa, y no le perm te descansar ni adormecerse (1).» Notemos aún,

(1) Maudsley, *Physiologie de l'esprit* trad. Herzen, p. 301. —Gley, *Sur l'état du pouls carotidien pendant le travail intellectuel.*

después de una atención prolongada, el rubor (alguna vez la palidez) de la cara.

II. Las modificaciones respiratorias que acompañan á la atención, se relacionan con los fenómenos motores, propiamente dichos, y entran, en parte, en el sentimiento del esfuerzo. El ritmo de la respiración cambia, se hace más lento, y sufre á veces una suspensión temporal. «Adquirir el poder de atención, dice Lewes, es aprender á hacer que alternen los ajustes mentales con los movimientos rítmicos de la respiración. Es una feliz expresión la que en francés designa á un pensador vivo, pero superficial, como incapaz de una obra de *grandes alientos*» (1)

El bostezo que sigue á un esfuerzo sostenido de atención, es probablemente el efecto de la lentitud respiratoria. Con frecuencia, en semejante caso, producimos una inspiración profunda para renovar ámpliamente el aire de nuestros pulmones. El suspiro, otro síntoma respiratorio es, como han hecho notar muchos autores, común á la atención, al

(1) Lewes, loc. cit. p. 188.

dolor físico y moral: tiene por objeto oxigenar la sangre narcotizada por la suspensión voluntaria ó involuntaria de la respiración.

Todos estos hechos son otras tantas pruebas en favor de lo que se ha dicho más arriba: la atención es un hecho excepcional, anormal, que no puede durar mucho tiempo.

III. Los movimientos del cuerpo que, siguiendo la locución admitida, expresan la atención, son de una importancia capital. No podemos hacer en este capítulo más que un estudio parcial; el resto estará mejor colocado bajo el título de la atención voluntaria (1); pero aquí por primera vez entrevemos el mecanismo motor de la atención.

Examinemos desde luego los hechos. No se han estudiado seriamente hasta nuestros días. Por otra parte, los artistas y algunos fisionogmonistas muy indulgentes para sus fantasías, son los únicos que se han ocupado de ello.

Duchenne (de Boulogne), iniciador de este asunto como de otros muchos, tuvo la idea de sustituir la observación pura, practicada por

(1 Véase después cap. II.

sus antecesores (Ch. Bell, Gratiolet, etc.) por el método experimental. Provocaba por la electricidad la contracción aislada de un músculo de la cara en un hombre enfermo de anestesia, y fijaba por la fotografía el resultado del experimento. Con arreglo á la teoría que ha expuesto en su *Mécanisme de la physionomie humaine* (1862), frecuentemente basta la contracción de un solo músculo para expresar una emoción; cada estado afectivo produce una modificación local única. Así, para él, el frontal es el músculo de la atención; el orbicular superior de los párpados el músculo de la reflexión; el piramidal, el músculo de la amenaza; el gran zigomático el músculo de la risa; el ciliar, el músculo del dolor; el triangular de los labios, el músculo del desprecio, etc. De todos modos, Duchenne limitábase á notar los hechos siguiendo para ello el ejemplo de J. Müller, el cual declaraba que la expresión de las emociones es un hecho totalmente inexplicable.—Darwin fué más lejos. Usando el método comparativo y apoyándose sobre laboriosas investigaciones, buscó el origen de los diversos mecanismos de la ex-

presión, se esforzó en establecer, por qué la contracción de tal músculo determinado de la cara está necesariamente asociada á tal estado determinado del espíritu.

Sin estas investigaciones minuciosas, toda tentativa para explicar el mecanismo de la atención hubiera sido prematura. ¿Cómo explicar un mecanismo del cual no se conoce el engranaje? Veamos sumariamente lo que se sabe acerca de la atención bajo sus dos formas: aplicada á los objetos exteriores (atención propiamente dicha) ó á los fenómeos interiores (reflexión).

La atención (para precisar, la llamaremos sensitiva) contrae el frontal. Este músculo, que ocupa toda la región de la frente, tiene su inserción móvil en la cara profunda de la piel de las cejas, y su inserción fija en la parte posterior del cráneo. Contrayéndose, tira de las cejas, levanta y determina arrugas trasversales sobre la frente. Por consiguiente, los ojos quedan muy abiertos y bien iluminados. En casos extremos, la boca se abre ampliamente. En los niños y en muchos adultos, la atención viva produce una protrusión de los

labios, una especie de mueca. Preyer ha intentado explicar este juego de la fisonomía por un influjo hereditario. Todos los animales, dice, dirigen desde luego su atención á buscar la comida. Los objetos que pueden tocar sus labios, sus pelos tactiles, su trompa y su lengua, son objeto de sus primeras rebuscas. Todo examen, toda busca del alimento va acompañado, pues, de una actividad preponderante de la boca y de sus anejos. En el recien nacido, al mamar, la boca se alarga hacia adelante.» Se forma así una asociación entre los primeros movimientos de la boca y la actividad de la atención.

La reflexión se expresa de otra manera, casi la inversa. Obra sobre el orbicular superior de los párpados bajando las cejas. Por consecuencia, se forman pequeñas arrugas verticales en el espacio interciliar, el ojo está velado ó cerrado por completo, ó bien mira interiormente. Este fruncimiento de las cejas da á la fisonomía una expresión de energía intelectual. La boca está cerrada como para sostener un esfuerzo.

La atención se adapta al exterior; la re-

flexión al interior. Darwin explica el modo expresivo de la reflexión por analogía. Es la actitud de la visión difícil, trasferida de los objetos exteriores á los estados internos que son difíciles de coger (1).

Hemos hablado hasta aquí de los movimientos de la cara, pero faltan los de todo el cuerpo, de la cabeza, del tronco, de las extremidades. Es imposible describirlos con detalles, porque varían en cada especie animal (2). Hay, en general, inmovilidad, adaptación de los ojos, de las orejas, del tacto, según los casos: en una palabra, tendencia hacia la unidad de acción: convergencia. La concentración de la conciencia y la de los movimientos, la difusión de las ideas y la de los movimientos van á la par.

Recordemos las indicaciones y los cálculos de Galton sobre este objeto. Ha observado

(1) Para los detalles, véase Darwin, *Expression des émotions*, c. x; Preyer, *L'Ame de l'enfant*, trad. francesa, p. 250 y sig.; Mantegazza, *la Physionomie*, c. XVI.

(2) Se encontrará un buen estudio sobre la expresión de los animales en Riccardi, *Saggio di studie di osservazioni intorno all' atenzione nell' uomo e negli animali*. Modena, 1877 (2.ª parte, p. I-17).

un auditorio de 50 personas que asistían á un curso fastidioso. El numero de los movimientos claramente apreciables del auditorio, es muy uniforme: cuarenta y cinco por minuto ó sea, por término medio, un movimiento por persona. En varias ocasiones, habiéndose despertado la atención del público, el número de los movimientos disminuyó á la mitad; eran, además, menos extensos, menos prolongados, más breves y más rápidos.

Prevengo, de paso, una objeción. Sabido es que la atención, al menos bajo su forma reflexiva, va acompañada algunas veces de movimientos. Muchas gentes encuentran que la marcha les ayuda á salir de una perplejidad, otros se golpean la frente, se rascan la cabeza, se frotan los ojos, moviendo de una manera incesante y rítmica las manos ó las piernas. Esto es un gasto y no una economía de movimientos; pero es un gasto que aprovecha. Los movimientos así producidos no son más que simples fenómenos mecánicos que obran sobre el medio exterior; obran también, por el sentido muscular, sobre el cerebro, que los recibe como toda impresión sensitiva, y

aumentan la actividad cerebral. Una marcha rápida, una carrera, acelera el curso de las ideas y de la palabra, produciendo, como dice Bain, una embriaguez mecánica. Las indagaciones experimentales, de M. Féré, que no podemos exponer aquí (1), nos suministran numerosos ejemplos de la acción dinamogénica de los movimientos. Estiramos los brazos y las piernas para ponernos en aptitud de trabajar; es decir, que despertamos los centros motores. Movimientos pasivos impresos á miembros paralizados, han podido, en ciertos casos, reviviendo las imágenes motoras, restituir la actividad perdida. Notemos, además, que estos movimientos dan por resultado aumentar la actividad mental, no concentrar la atención; le proporcionan sencillamente la materia. Esto es una operación preliminar.

A parte de esta objeción, vamos á determinar el verdadero papel de los movimientos en la atención. Nos hemos limitado hasta aquí á describirlos, al menos los principales.

(1) Véase su libro *Sensation et Mouvement*.

Llevemos la cuestión á sus términos más claros y sencillos.

Los movimientos de la cara, del cuerpo, de los miembros, y las modificaciones respiratorias que acompañan á la atención, ¿son sencillamente como se admite de ordinario, efectos, signos? Son, por el contrario, *las condiciones necesarias, los elementos constitutivos, los factores indispensables de la atención?* Admitimos esta segunda tesis, sin titubear; si se suprimieran totalmente los movimientos, se suprimiría totalmente la atención.

Aunque, por el momento, no podamos establecer esta tesis más que en parte (el estudio de la atención voluntaria, reservado para otro capítulo, nos lo hará ver bajo un nuevo aspecto), como tocamos aquí al punto esencial del mecanismo de la atención, conviene insistir.

El papel fundamental de los movimientos en la atención, consiste en *mantener* el estado de conciencia y en *reforzarle.*

Puesto que se trata de un mecanismo, es preferible tomar la cuestión por su lado fisio-

lógico, considerando lo que pasa en el cerebro, en cuanto órgano intelectual y motor.

1.° Como órgano intelectual, el cerebro sirve de subtratum á las percepciones (en la atención sensitiva), á las imágenes y á las ideas(en la reflexión). Suponemos que los elementos nerviosos que funcionan suministran un trabajo superior al término medio. La atención causa ciertamente una inervación intensa, como lo prueban los numerosos experimentos psicométricos, donde entra en juego. «Una idea en actividad, dice Maudsley, engendra en los elementos nerviosos un cambio molecular que se propaga á lo largo de los nervios sensitivos, hasta la periferia, ó al menos, hasta los ganglios sensitivos, donde la sensibilidad se encuentra así acrecentada. Resúlta de esta propagación de la acción molecular á los ganglios que los músculos en relación con el sentido solicitado entran, por acción refleja, en una cierta tensión, y aumentan el sentimiento de la atención.» Para Hartmann, la atención «consiste en vi-

braciones materiales de los nervios», «en una corriente nerviosa que recorre los nervios sensitivos dirigiéndose del centro á la periferia (1)». Pero hay otro elemento y no el menos importante.

2.° Como órgano motor, el cerebro desempeña un papel complejo. Desde luego, obra como iniciador de los movimientos que acompañan la percepción, la imagen ó la idea; después, estos movimientos, frecuentemente intensos, vuelven al cerebro por medio del sentido muscular á título de sensaciones de los movimientos; éstas aumentan la cantidad de energía disponible, que de una parte sirve para mantener ó reforzar la conciencia, y de otra parte vuelve á su punto de partida bajo la forma de un nuevo movimiento. Hay así un vaivén del centro á la periferia, de la periferia al centro; después, del centro reforzado á la periferia, y así sucesivamente. La intensidad de la conciencia no es más que la expresión subjetiva de ese trabajo complicado.

(1) *Philosophie de l'inconscient,* trad. Nolen, I, 145; II, 65.

Pero suponer que pueda durar sin esas condiciones orgánicas, es una hipótesis gratuita, en completo desacuerdo con todo lo que la experiencia nos muestra. El espectador sencillo que se aburre en la ópera porque no entiende nada de música, se vuelve muy atento si hay un cambio brusco de decoración; es decir, que la impresión visual ha producido instantáneamente una adaptación de los ojos y de todo el cuerpo. Sin esta convergencia orgánica, la impresión se desvanecería rápidamente. «En la reacción preponderante sobre las partes sensitivas, fuente original del proceso, es en lo que consiste esencialmente, dice Wundt, la diferencia entre la atención y el movimiento voluntario. En éste, la excitación central toma su dirección principal hacia los músculos; en la atención, los músculos no concurren más que en movimientos simpáticos subordinados (1)»; en otros términos, se produce una reflexión de

(1) *Physiologische Psychologie*, pág. 723-724 de la primera edición. Este pasaje no se encuentra ya en las ediciones siguientes.

movimientos. En fin, resumamos con Maudsley este mecanismo: «Ante todo, excitación del trayecto de ideación apropiado, por medio de la representación externa ó de la representación interna; luego, aumento de energía de este primer estímulo por otro estímulo nuevo debido á la inervación motora correspondiente; después, nuevo aumento de energía por la reacción subsiguiente de los centros perceptores, más activos que los otros sobre la idea; porque el influjo recíproco de estos factores sensoriales y motores refuerza hasta un cierto punto su actividad (1)».

Si comparamos, pues, el estado ordinario al estado de atención, encontramos en el primero representaciones débiles, pocos movimientos; en el segundo, una representación viva, movimientos enérgicos y convergentes, y además la repercusión de los movimientos producidos. Importa poco que este último refuerzo sea consciente ó no; no es la concien-

(1) *Loc. cit.*, pág. 301.

cia la que hace el trabajo, sino la que lo aprovecha.

Se dirá quizás: admitimos esta reacción de los movimientos sobre el cerebro, pero nada prueba que los movimientos no sean en su origen un simple efecto de la atención. Hay tres hipótesis posibles: la atención (el estado de conciencia) es causa de los movimientos, ó es su efecto, ó es primero la causa y después el efecto.

Yo pido que no se elija entre estas tres hipótesis de un valor personal puramente lógico y dialéctico, y que se presente la cuestión de otra manera. Bajo esta forma, está impregnada por completo, sin que lo parezca, de ese dualismo tradicional, cuya psicología cuesta tanto trabajo despejar, y se reduce, en definitiva, á preguntar si en la atención es el alma lo que primero obra sobre el cuerpo ó el cuerpo sobre el alma. Yo no tengo que resolver este enigma. Para la psicología fisiológica, no hay más que estados interiores que se diferencian entre sí, tanto por sus cualidades propias, como por sus concomi-

tantes físicos. Si el estado intelectual que se produce es débil, corto, sin expresión apreciable, no es la atención. Si es fuerte, estable, limitado, y se traduce por las modificaciones físicas antedichas, es la atención. Lo que sostenemos es que la atención no existe *in abstracto* ó título de acontecimiento puramente interior, es un estado concreto, un complejo psico-fisiológico. Que se suprima á nuestro espectador de la ópera, por hipótesis, la adaptación de los ojos, de la cabeza, del cuerpo, de los miembros, los cambios de la respiración y de la circulación cerebral, etc., la reacción consciente ó inconsciente de todos estos fenómenos sobre el cerebro; lo que queda del todo primitivo no es ya la atención. Si queda alguna cosa, es un estado de conciencia efímero, la sombra de lo que ha sido. Esperamos que este ejemplo, por quimérico que sea, hará que se nos comprenda mejor que largos discursos. Las manifestaciones motoras no son ni efectos ni causas, sino elementos; con el estado de conciencia que es su lado subjetivo, *son* la atención.

Por otra parte, el lector no debe tomar esto sino como un bosquejo, una idea provisional, que se completará más adelante. Así, no hablamos del sentimiento del esfuerzo, porque es muy raro en la atención espontánea, si siquiera se encuentra; pero el papel de los movientos es de una importancia bastante grande para que se insista sobre él varias veces.

III

El estado de sorpresa ó de asombro, es un aumento de la atención espontánea, de que conviene decir algunas palabras. Aunque muy frecuente en la vida corriente, ha sido olvidado por la psicología. Sin embargo, en el *Tratado de las pasiones* de Descartes (2.ª parte, art. 70) se lee la definición siguiente: «La admiración es una sorpresa súbita del alma, que hace que ésta se ponga á considerar con

atención los objetos que le parecen raros y extraordinarios. Así, está producida por la impresión que se tiene en el cerebro, y que representa el objeto como raro, y por tanto digno de ser muy considerado. Inmediatamente después por el movimiento de los espíritus, que están dispuestos por esta impresión á dirigirse con una gran fuerza hacia el sitio del cerebro en que aquélla está para fortificarla y conservarla; como también están dispuestos por ella á pasar desde allí á los músculos que sirven para retener los órganos de los sentidos en la misma situación en que están, con objeto de que todavía esté sostenida por ellos, si se ha formado por ellos.» Este pasaje vale la pena de que se medite sobre él. Si se lee con cuidado, se encontrará, teniendo en cuenta alguna diferencia de lenguaje, que casi todos los elementos que nos hemos esforzado por mostrar en el mecanismo de la atención espontánea, se enumeran claramente: el aumento de influjo nervioso á seguida de la impresión, su derivación parcial hacia los músculos, la acción de estos músculos para

«mantener» y para «fortificar». Observemos de paso, que la manera de proceder de Descartes es la de la psicología fisiológica, no la de la psicología espiritualista que, sin ninguna razón, se apoya en él.

La sorpresa, en más alto grado, el asombro, es un choque producido por lo que es nuevo é inesperado; si, por ejemplo, una persona perezosa, á quien creo en su casa á doscientas leguas, entra súbitamente en la mía.

Del lado mental, poco hay que decir de ella. Pertenece al grupo de las emociones, y en su forma fuerte, es una conmoción. Propiamente dicho, es menos un estado que un intermedio entre dos estados, una ruptura brusca, una laguna, un hiato. En el momento del choque, el polideismo anterior se para de repente porque el estado nuevo invade, como un gigante, la *struggle for life* que existe entre los estados de conciencia. Poco á poco el nuevo estado es clasificado, puesto en conexión con otros; pero, pasada la sorpresa, el estado que le sucede primero es la atención; es decir, un monoideismo ajustado:

la adaptación ha tenido tiempo de hacerse. El elemento intelectual vuelve á tomar ascendiente sobre el elemento emocional. Es muy verisímil que, en la sorpresa, se conoce mal porque se siente demasiado.

Del lado físico, los síntomas son la exageración de la atención espontánea. La atención, ya lo hemos visto, se manifiesta por una ligera elevación de las cejas. Cuando pasa al estado de sorpresa, éstas se elevan con mucha más energía; los ojos se abren mucho, así como la boca... El grado de apertura de estos dos órganos corresponde á la intensidad de la sorpresa experimentada (1). Esta elevación de las cejas es un acto instintivo, porque se encuentra en los ciegos de nacimiento: permite abrir los ojos con mucha rapidez. En cuanto á la abertura de la boca, permite una inspiración vigorosa y profunda, que hacemos siempre antes de un gran esfuerzo.

Hemos dicho que la sorpresa es la atención

(1) Darwin, *op. cit.*, c. XII. Allí se discute el origen probable de estos movimientos.

espontánea en aumento. Yo pienso que esta afirmación está justificada. Lo que este estado demuestra mejor, son las causas afectivas de la atención espontánea; porque hay una graduación insensible de ésta á la sorpresa, al asombro, á la estupefacción, finalmente al espanto y al terror, que son estados afectivos muy intensos.

Conducidos así á nuestro punto de partida, podemos ver ahora que el origen de la atención es muy humilde, y que sus primeras formas han estado ligadas á las condiciones más imperiosas de la vida animal. La atención no ha tenido al principio más que un valor biológico. La costumbre de los psicólogos de referirse á la atención voluntaria, y aun de sus manifestaciones superiores, ocultaba este origen.

Se puede decir *á priori*, que si la atención tiene por causa estados afectivos originados por tendencias, necesidades, apetitos, se une, en último análisis, á lo que hay de más profundo en el individuo: el instinto de conservación.

Un examen rápido de los hechos, nos hará ver mejor que la posibilidad de estar atento ha sido una ventaja de primer orden en la lucha por la vida; pero hay que dejar al hombre y descender mucho en la animalidad. Pongo á un lado las formas completamente rudimentarias de la vida psíquica, que se prestan demasiado á las conjeturas y divagaciones. Para que la atención pueda nacer, es preciso, por lo menos, algunos sentidos desarrollados, algunas percepciones claras, y un aparato motor suficiente. Riccardi, en el trabajo citado, encuentra la primera expresión clara de la atención en los artrópodos.

Un animal, organizado de tal manera que las impresiones del mundo exterior sean todas equivalentes para él y queden en el mismo plano en su conciencia, sin que ninguna predomine y lleve consigo una adaptación motora apropiada, estaría muy mal armado para su conservación. Dejo aparte el caso extremo en que el predominio y la adaptación estuvieran en favor de las impresiones dañosas; porque un animal así constituído

debe perecer, siendo un organismo ilógico, una contradicción realizada. Queda el caso ordinario: predominio de las sensaciones útiles, es decir, relacionadas con su nutrición, su defensa, la propagación de su especie. La impresión de una presa que coger, de un enemigo que evitar, y de tiempo en tiempo, de una hembra que fecundar, se imponen en la conciencia del animal con movimientos adaptados. La atención está al servicio y bajo la dependencia de la necesidad, siempre ligada al sentido más perfecto, tactil, visual, auditiva, olfativa, según la especie. Hela aquí en toda su sencillez, que es lo que instruye mejor. Era preciso descender hasta estas formas rudimentarias para apreciar la razón de su potencia—es una condición de la vida—y conservará el mismo carácter en las formas superiores en que, dejando de ser un factor de adaptación al medio físico, se convertirá, como veremos, en un factor de adaptación al medio social. En todas las formas de la atención, de la más baja á la más alta, hay *unidad de composición*.

Por otra parte, aun en los animales más elevados, pierde su carácter limitado y material. La inmensa mayoría de las especies animales está encerrada en este círculo estrecho: alimentarse, defenderse, propagarse, dormir, y aquí agota su actividad. Los más inteligentes tienen una actividad supérflua, que se gasta bajo la forma del juego, manifestación tan importante, que muchos autores han hecho de ella el origen del arte. A esta necesidad de lujo, corresponde una atención de lujo. El perro, á quien su amo divierte de cierto modo, se pone atento cuando le ve prepararse; y un buen observador de los niños, Sikorski, ha demostrado que su actividad y su atención se desarrollan sobre todo en los juegos (1).

(1) *Revue philosophique*, Abril 1885.

CAPÍTULO II

LA ATENCIÓN VOLUNTARIA

Cómo se forma; es un producto del arte.—Tres períodos principales en su génesis: acción de los sentimientos simples, de los sentimientos complejos, del hábito.—Es un aparato de perfeccionamiento y un resultado de la civilización.—Mecanismo de la atención voluntaria.—Papel de las acciones de suspensión en fisiología; hechos y teorías.—La atención no actúa más que sobre músculos y por medio de músculos.—Elementos motores en las percepciones, emociones, imágenes é ideas generales—Que sea dirigir voluntariamente la atención sobre un objeto.—Del sentimiento del esfuerzo en general.—El esfuerzo en la atención: resulta de contracciones musculares concomitantes y su punto de partida es periférico.—Investigaciones experimentales sobre la atención voluntaria.—La atención expectante: en qué consiste; su lado intelectual, su lado motor.

La atención voluntaria ó artificial es un producto del arte, de la educación, del adiestramiento, de la preparación. Se injerta

sobre la atención espontánea y encuentra en ella sus condiciones de vida; como el ingerto en el tronco en que se ha implantado. En la atención espontánea, el objeto obra por su poder intrínseco; en la atención voluntaria, el sujeto obra por poderes extrínsecos, es decir, superpuestos. Aquí el objeto no lo dan la casualidad ó las circunstancias; es deseado, escogido, aceptado, ó por lo menos tolerado; se trata de adaptarse á él, de encontrar los medios propios para sostener la atención: por eso, este estado va siempre acompañado de un sentimiento cualquiera de esfuerzo. El máximum de atención espontánea y el máximum de atención voluntaria, son perfectamente antitéticos, yendo la una en el sentido de la atracción más fuerte, la otra en el sentido de la resistencia más fuerte. Son los dos polos, entre los cuales hay todos los grados posibles, con un punto en que, exceptuando en la teoría, las dos formas se juntan.

Aunque la atención voluntaria sea casi la única que los psicólogos han estudiado, y aunque para la mayor parte de ellos es toda la

atención, no se conoce por eso más su mecanismo. Para tratar de entreverlo, nos proponemos investigar primero cómo se forma la atención voluntaria, volver á trazar su génesis; enseguida estudiaremos el sentimiento de esfuerzo que le acompaña y, por último, los fenómenos de suspensión ó de inhibición que, según nosotros, representan un papel capital en el mecanismo de la atención.

I

El proceso por el cual se constituye la atención voluntaria es reductible á esta única fórmula: hacer atractivo por artificio lo que no lo es por naturaleza; dar un interés artificial á las cosas que no tienen un interés natural. Empleo la palabra «interés» en el sentido vulgar, como equivalente á esta perífrasis: lo que mantiene despierto el espíritu. Pero el espíritu no se mantiene despierto sino por

una acción agradable, desagradable ó mixta de los objetos sobre él; es decir, por estados afectivos. Sólo que aquí los sentimientos que sostiene la acción son adquiridos, superpuestos, no espontáneos, como en sus manifestaciones primitivas. Todo se reduce, pues, á encontrar móviles eficaces; si no los hay, no se constituye la atención voluntaria.

Tal es el proceso tomado en general; en la práctica, varía infinitamente.

Para comprender bien la génesis de la atención voluntaria, lo mejor es estudiar á los niños y á los animales superiores. Los ejemplos más sencillos, serán los mejores.

Durante el primer período de su vida, el niño no es capaz más que de atención espontánea. No fija su vista más que sobre objetos brillantes, sobre la cara de su madre ó de su nodriza. Hacia el final del tercer mes, explora el campo visual deteniendo gradualmente sus ojos sobre objetos cada vez más interesantes (Preyer). Lo mismo pasa con los otros sentidos; se verifica poco á poco el paso de lo que le sorprende más á lo que le sorprende

menos. La fijeza de la mirada, que más tarde se convierte en atención intensa, se traduce al exterior por la contracción más acentuada de muchos músculos. La atención va acompañada de cierto estado afectivo, que Preyer llama la «emoción de asombro.» En su más alto grado, este estado produce la inmovilidad temporal de los músculos. Según el doctor Sikorski, «el asombro, ó más bien la emoción que acompaña al proceso psíquico de la atención, está sobre todo caracterizado por la suspensión momentánea de la respiración, fenómeno que salta á la vista cuando se está acostumbrado á la respiración acelerada de los niños (1).» Es casi imposible decir en qué época se verifica la primera aparición de la voluntad. Preyer cree haberla notado hacia el quinto mes, pero bajo su forma impulsiva: como poder de suspensión se manifiesta mucho más tarde.

Mientras que la vida psíquica permanece

(1) Sikorski, *le Développement psychique de l'enfant* (*Revue phil.*, Abril 1885).

así en el período de ensayo, la atención, es decir, el paso del espíritu de un objeto á otro, no está determinado más que por su poder de atracción. El nacimiento de la atención voluntaria, que es la posibilidad de retener el espíritu sobre objetos que no son atractivos, no puede producirse más que por fuerza, bajo el influjo de la educación, ya provenga de los hombres, ya de las cosas. La que proviene de los hombres, es la más fácil de mostrar, pero no es la única.

Un niño no quiere aprender á leer; es incapaz de mantener fijo su espíritu sobre las letras, sin atractivos para él; pero contempla con avidez las imágenes que tiene un libro. «¿Qué representan estas imágenes?» El padre le responde. «Cuando sepas leer, el libro te lo enseñará.» Después de muchas conversaciones de este género, el niño se resigna, se pone á la obra primero perezosamente, después se acostumbra y, por último, muestra un ardor, que hay necesidad de moderar. He aquí un caso de génesis de la atención voluntaria. Ha sido preciso injertar en un deseo natural

y directo otro artificial é indirecto. La lectura es una operación que no tiene atractivo inmediato, pero tiene, como medio, un atractivo prestado; el niño está cogido en un juego de ruedas, se ha dado el primer paso. Tomo un ejemplo de M. B. Pérez (1). «Un niño de seis años, *muy distraído habitualmente*, se puso un día por sí mismo en el piano á repetir un aire que gustaba á su madre: sus ejercicios duraron más de una hora. El mismo niño, á la edad de siete años, viendo á su hermano ocupado en trabajos de vacaciones, se fué á sentar al despacho del padre. «¿Qué haces?—le dijo su doncella asombrada de encontrarlo allí.—Hago, respondió el niño, una página de alemán, lo cual no es muy divertido; pero es una sorpresa agradable que voy á dar á mamá.» Otro caso de génesis de atención voluntaria, injertado esta vez en un sentimiento simpático, no en un sentimiento egoísta como en el primer ejemplo. El piano y el alemán no despiertan natural-

(1) B. Pérez, *L'Enfant de trois à sept ans*, *p.* 108.

mente la atención: la suscitan y la sostienen por una fuerza prestada.

Por todas partes, en el origen de la atención voluntaria, se encuentra este mecanismo, siempre igual, con variaciones sin número, que dan lugar á un éxito, á un semiéxito ó á un fracaso: tomar los móviles naturales, separarlos de su fin directo, servirse de ellos (si se puede), como medios para otro fin. El arte obliga á la naturaleza á adaptarse á sus designios, y por esto, llamo á esta forma de la atención, artificial.

Sin pretender enumerar los diversos móviles que el artificio pone en juego para hacer que nazca y se consolide la atención voluntaria, es decir, otra vez más, para dar al objeto que hay que conseguir una potencia de acción que no tiene naturalmente, yo observo en la formación de la atención voluntaria tres períodos cronológicos.

En el primero, el educador no tiene acción más que sobre los sentimientos simples; usa el temor bajo todas sus formas, las tendencias egoístas, el atractivo de las recompen-

sas, las emociones tiernas y simpáticas, esa curiosidad innata que es, como el apetito de la inteligencia, y que se encuentra en todos en cierto grado, por débil que sea.

En el segundo período, la atención artificial se suscita y sostiene por sentimientos de formación secundaria: el amor propio, la emulacion, la ambición, el interés en el sentido práctico, el deber, etc.

El tercer período es el de la organización; la atención se suscita y mantiene por la costumbre. El escolar en su sala de estudio, el obrero en su taller, el empleado en su oficina, el comerciante detrás de su mostrador, preferirán, las más de las veces, estar en otra parte; pero el amor propio, la ambición, el interés han creado, por repetición, un adiestramiento duradero. La atención adquirida se ha convertido en una segunda naturaleza; se ha consumado la obra del arte. Sólo el hecho de estar colocado en una cierta actitud, un cierto medio, lleva consigo el resto; la atención se produce y se sostiene menos por causas actuales que por causas anteriores acu-

muladas; los móviles habituales han tomado la fuerza de los móviles naturales. Los refractarios á la educación y á la disciplina, no alcanzan nunca este tercer período; en ellos la atención voluntaria se produce rara vez, por intermitencias, y no puede hacerse un hábito.

No es necesario mostrar que en los animales el paso de la atención espontánea á la atención voluntaria se produce también bajo el influjo de la educación, de la doma; pero el educador no dispone más que de medios de acción restringidos y de naturaleza sencilla. Obra por el miedo, la privación de alimentos, la violencia, la dulzura, las caricias, y consigue así hacer contraer costumbres y que sea atento el animal por artificio. Los hay, como los hombres, educables y refractarios. «Un educador de monos, dice Darwin, que compraba á la Sociedad zoológica especies comunes al precio de cinco libras la pieza, ofrecía el doble con la condición de poderlos conservar algunos días para hacer una elección. Cuando se le preguntó, cómo, en tan poco

tiempo, podía ver si un mono sería un buen actor, respondió que todo dependía de su poder de atención. Si mientras se hablaba ó explicaba alguna cosa á un mono, su atención estaba naturalmente distraída por una mosca de la pared ó cualquier otra bagatela, el caso era desesperado. Si se trataba de hacer trabajar á un mono desatento por medio de castigos, el animal se hacía huraño. Por el contrario, un mono atento podía siempre amaestrarse (1).

En resumen, no hemos encontrado en la raiz de la atención más que estados afectivos, tendencias atractivas ó repulsivas. Bajo la forma espontánea, no hay otras causas. Bajo la forma voluntaria, pasa lo mismo; pero los sentimientos son de naturaleza más compleja, de formación tardía, derivados por la experiencia de las tendencias primitivas. Mientras la atención voluntaria está todavía en su período de génesis, antes de que esté organizada, fijada por el hábito, quitad al escolar el

(1) Darwin, *La Descendence de l'homme*, vol. I.

amor propio, la emulación, el temor de ser castigado; enriqueced al comerciante y al obrero, dad á un empleado un retiro desde los primeros días de su carrera, y toda su atención por un trabajo repugnante se desvanece, porque ya no hay nada que la produzca y sostenga. Convengo en que esta génesis de la atención es muy complicada, pero está conforme con los hechos. A creer á la mayor parte de los psicólogos, parece que la atención voluntaria—la única que importa para ellos, aunque no sea más que una forma derivada y adquirida—se instala de un golpe. «Está sometida á la autoridad superior del yo. La doy ó la retiro, como me parece; la dirijo sucesivamente hacia varios puntos; la concentro sobre cada punto por tanto tiempo como mi voluntad puede sostener su esfuerzo (1).» Si esto no es una descripción de convención y fantasía, si el autor las saca de su propia experiencia, no puede menos de admirarlo. Pero, en verdad, hay que estar desprovisto

(1) *Dict. scient. phil.* 2.ª ed., art. Atención.

de todo espíritu de observación, ó cegado por los prejuicios, para no ver que la atención voluntaria, en su forma estable, es un estado difícil de conservar, y que muchos no lo consiguen.

Sin, embargo, si, como nos hemos esforzado por demostrar, la forma superior de la atención, es la obra de la educación que hemos recibido de nuestros padres, de nuestros maestros, de nuestro medio, y la que más tarde nos hemos dado nosotros mismos, imitando la que hemos tenido primeramente; esta explicación no logra más que hacer retroceder la dificultad, porque nuestros educadores no han hecho más que obrar sobre nosotros como se había obrado sobre ellos, y así sucesivamente, remontando el curso de las generaciones: esto no explica pues la génesis primordial de la atención voluntaria.

¿Cómo ha nacido pues? Ha nacido de la necesidad, bajo la presión de la necesidad y con con el progreso de la inteligencia. *Es un aparato de perfeccionamiento, y un producto de la civilización.* El mismo progreso que, en

el orden moral, ha hecho pasar al individuo del reino de los instintos al del interés ó del deber; en el orden social, del salvajismo primitivo al estado de organización; en el orden político, del individualismo absoluto á la constitución de un gobierno. El mismo progreso, en el orden intelectual, ha hecho pasar del reino de la atención espontánea al reino de la atención voluntaria. Esta es á la vez efecto y causa de la civilización.

Hemos hecho notar en el capítulo anterior que, en el estado de naturaleza, para el animal y para el hombre, la posibilidad de atención espontánea es un factor de primer orden en la lucha por la vida. Desde que por causas cualesquiera que se han producido en realidad, puesto que el hombre ha salido del salvajismo (escasez de caza, densidad de la población, suelo estéril, pueblos vecinos más aguerridos, etc.), ha sido preciso ó perecer ó adaptarse á condiciones de vida más complejas—es decir, á trabajar—la atención voluntaria se convierte también en un factor de primer orden en esta nueva forma de la

lucha por la vida. Desde que el hombre ha sido capaz de aplicarse á una obra sin atractivo inmediato, pero aceptada como medio de vida, la atención voluntaria ha hecho su aparición en el mundo. Ha nacido, pues, bajo la presión de la necesidad y de la educación que dan las cosas.

Es fácil concebir, que antes de la civilización, la atención voluntaria no existía ó no aparecía más que por relámpagos, para no durar. La pereza de los salvajes es conocida: viajeros, etnólogos, todos están conformes en este punto; hay tantas pruebas y ejemplos, que es inútil citar alguno de ellos. El salvaje es apasionado por la caza, la guerra, el juego: por lo imprevisto, lo desconocido, la casualidad bajo todas sus formas; pero ignora ó desprecia el trabajo sostenido. El amor del trabajo es un sentimiento de formación secundaria que va al par de la civilización. Ahora, obsérvese que el trabajo es la forma concreta, la más apreciable de la atención. Aun á los pueblos semicivilizados, el trabajo les repugna. Darwin preguntaba á

unos gauchos, dados á la bebida, al juego ó al robo, que por qué no trabajaban. Uno de ellos respondíó: «Los días son demasiado largos (1)». «La vida del hombre primitivo, dice Herbert Spencer (2), está consagrada casi por completo á la persecución de las fieras, los pájaros y los peces, lo que le proporciona una excitación agradable; pero, aunque la caza suministra placer al hombre civilizado, no es ni tan persistente ni tan general... Al contrario, el poder de aplicar de una manera continua su atención, que es muy débil en el hombre primitivo, ha llegado á ser entre nosotros muy considerable. Es cierto que la mayor parte está obligada á trabajar por necesidad; pero hay por todas partes, en la sociedad, hombres para los cuales es necesaria una vida activa, que están inquietos cuando no tienen nada que hacer; desgraciados, si por casualidad tienen que renunciar al trabajo; hombres para los que

(1) *Voyage d'un naturaliste autour du globe,* p. 167.
(2) *The Data of Ethics,* ch. X.

un asunto de investigación está tan lleno de atractivos, que se entregan á él días y años, casi sin tomar el descanso necesario para su salud.»

Como para vivir, aun al modo salvaje, es preciso hacer alguna vez un trabajo enojoso, sabido es que esta carga incumbe á las mujeres, que mientras el hombre duerme, se afanan por temor á los golpes. Es, pues, posible, aunque esto parezca una paradoja, que por las mujeres sea por donde la atención voluntaria ha hecho su entrada en el mundo.

Existen, hasta en los pueblos que tienen largos siglos de cultura, toda una categoría de seres incapaces para el trabajo sostenido: los vagabundos, los ladrones de profesión, las prostitutas. Los criminalistas italianos de la nueva escuela ven en esto, con ó sin razón, casos de atavismo. La gran mayoría de las gentes civilizadas se ha adaptado de un modo suficiente á las exigencias de la vida social; son capaces, en algunos grados, de atención voluntaria. Pero bien corto es el número de esos de que habla Spencer, para los que es

una necesidad; bien raros son los que profesan y practican el *stantem oportet mori*. La atención voluntaria es un fenómeno sociológico. Cuando se la considera como tal, se comprende mejor su génesis y su debilidad.

Creemos haber establecido que es una adapción á las condiciones de una vida social superior, que es una disciplina y una costumbre, y una imitación de la atención natural, que le sirve á la vez de punto de partida y de punto de apoyo.

II

Hasta aquí, no hemos examinado en el mecanismo de la atención más que esta presión externa de los motivos y del medio que la hace pasar de una forma á otra. Abordamos ahora una cuestión bastante más oscura: el estudio del mecanismo interior, por el cual un estado de conciencia se mantiene pe-

nosamente á pesar del *struggle for life* psicológico, que tiende sin cesar á hacerle desaparecer. Este monoideismo relativo, que consiste en la preponderancia de un cierto número de estados interiores adaptados á un mismo fin, con exclusión de todos los demás, no hay necesidad de explicarlo en el caso de la atención espontánea. Un estado (ó un grupo de estados) predomina en la conciencia porque es, entre muchos, el más fuerte; y él es mucho más fuerte, porque, como hemos visto, todas las tendencias del individuo conspiran en su favor. En el caso de la atención voluntaria, sobre todo bajo sus formas más artificiales, pasa lo contrario. ¿Cuál es, pues, el mecanismo en virtud del cual se mantiene ese estado?

No importa buscar cómo el estado de atención voluntaria se suscita en la vida corriente. Nace, como cualquier otro estado de conciencia, según las circunstancias; pero lo que le diferencia es que es sostenido. Si un escolar, que tiene poco gusto por las matemáticas, recuerda que tiene que resolver un pro-

blema, eso es un estado de conciencia cualquiera; si se pone á la obra y persiste, es un estado de atención voluntaria. Lo repito para no dejar error alguno: en esta posibilidad de la suspensión es donde está todo el problema.

¿Cómo podemos producir una suspensión, una inhibición? Entramos aquí en un problema poco conocido en fisiología, y casi sin explorar en psicología. Que tenemos el poder, en muchos casos, de suspender los movimientos de las diversas partes de nuestro cuerpo, lo prueba la experiencia á cada momento. Pero, ¿cómo se produce el equivalente de esta inhibición en el orden mental? Si el mecanismo fisiológico de la suspensión fuera más conocido, podríamos quizá responder menos oscuramente. Rogamos, pues, al lector que considere lo que sigue como un ensayo lleno de lagunas.

La propiedad fundamental del sistema nervioso, consiste en trasformar una excitación primitiva en un movimiento. Este es el acto reflejo, tipo de la actividad nerviosa. Pero sabido es también que ciertas excitaciones

pueden impedir, retrasar ó suprimir un movimiento. El caso más conocido, el que se ha estudiado desde más antiguo, consiste en la suspensión de los movimientos del corazón por la irritación del neumogástrico. Después de este descubrimiento, que se debe á los hermanos Weber, en 1845, los fisiólogos han puesto un gran interés en estudiar el caso en que la excitación de un nervio impide un movimiento ó una secreción. Pflüger demostró que el nervio esplácnico tiene una acción de suspensión sobre el intestino delgado. Se ha establecido después que los movimientos del estómago y del tubo intestinal entero están sujetos á la inhibición. Cl. Bernard ha referido á la misma causa la acción de los nervios vaso-dilatadores.—En fin, este poder de suspensión no pertenece sólo á la médula y al bulbo: existe en el cerebro. Setschenof sostiene desde luego que el cerebro medio ejerce un influjo inhibitorio sobre las partes inferiores del eje cerebro-espinal. Muchos autores, en estos últimos tiempos, han referido los fenómenos hipnóticos á una in-

hibición cortical. Por último, según Brown-Séquard, «la inhibición es un poder que poseen casi todas las partes del sistema nervioso central, y una porción considerable del sistema nervioso periférico.»

Para explicar este «reflejo negativo», se han imaginado diversas teorías, que es inútil exponer (1). Notemos, sin embargo, que Ferrier fué el primero que en su *Fonctions du cerveau* ha referido la atención á una acción de los centros moderadores, que él coloca en los lóbulos frontales. El recuerdo de una idea, dice, depende de la excitación del elemento motor que entra en su composición; la atención depende de la restricción del movimiento: hay represión de la difusión externa y aumento de la difusión interna. La excitación de los centros motores, protegida contra la difusión externa, gasta su fuerza interiormente: hay excitación reprimida de un centro motor.

(1) Para la historia de esta cuestión hasta 1879, véase Hermann, *Handbuck der Physiologie*, vol. II, part. 2, p. 33 y sig. Para las teorías más recientes, S. Lourie: *I fatti e le teoríe della inibizione*, in-8, Milano, 1888.

Para localizar estos centros moderadores en los lóbulos frontales, he aquí las principales razones que él hace valer: La inteligencia es proporcional al desarrollo de la atención: es proporcional también al desarrollo de los lóbulos frontales. La irritación de estos lóbulos no provoca ninguna manifestación motora; son, pues, moderadores, y gastan su energía en producir cambios en los centros de ejecución motora actual. Su ablación no causa ninguna parálisis motora, sino una degeneración mental que se reduce á la pérdida de la atención. Los lóbulos frontales están imperfectamente desarrollados en los idiotas, cuyo poder de atención es muy débil. Las regiones frontales se hacen más y más débiles en los animales, al mismo tiempo que baja el nivel de la inteligencia. Añadiremos que las lesiones de los lóbulos frontales disminuyen mucho, y destruyen con frecuencia el poder de comprobación (1). El autor declara, por otra

(1) Para los hechos, enviamos al lector á nuestras *Enfermedades de la voluntad*, pág. 30 y sig. Mas recientemente, un neurólogo americano, Alex-Starr, de 23 casos de lesión de

parte que, «sobre el fundamento fisiológico de esta facultad de comprobar, no se pueden admitir más que indicaciones teóricas.»

Aunque la teoría de que los fenómenos de suspensión se efectúan en aparatos particulares, haya llegado á ser casi clásica, en estos últimos tiempos, muchos autores, apoyándose en sus experimentos, han sostenido que «las acciones motoras y las de suspensión tienen por base los mismos elementos (1)». «Siempre que se excita un nervio, dice M. Beaunis, se producen en ese nervio dos especies de modificaciones de sentido contrario. Sea un nervio motor: habrá en este nervio una entrada en actividad que se traducirá por una

los lóbulos frontales, ha encontrado en la mitad de los enfermos la perturbación mental siguiente: pérdida de la facultad de comparar, cambio de carácter, imposibilidad de fijarla atención (*Brain*, Enero de 1886, pág. 570.)

(1) Wundt, *Untersuchungen zur Mechanick der Nerven und Nervencentren*, 1871, 1876, y *Psychologie physiologique*, t. I, cap. VI.—Beaunis, *Recherches expérimentales sur les conditions de l'activité cérébrale et sur la physiologie du nerf.* París, 1884. M. Beaunis ha insistido más que ningún otro fisiólogo sobre la importancia de las acciones de suspensión para la psicología.

sacudida del músculo; pero aparte este fenómeno, el más aparente y el mejor estudiado, se produce también un estado contrario que tenderá á destruir la sacudida ó á impedir que se produzca. Habrá *á la vez* en este nervio acciones motoras y acciones de suspensión.» (Obra citada, 97). El proceso motor empieza más deprisa que el proceso de suspensión, y dura menos tiempo. Una primera excitación causa una sacudida máxima; pero á la segunda excitación la acción de suspensión, tendiendo á producirse, disminuye la amplitud.—En un experimento de Wundt, «cuando se excita un nervio por una corriente constante, se produce en el anodo una onda de suspensión que se reconoce en la disminución de excitabilidad del nervio, y que se propaga lentamente por ambos lados del anodo: al mismo tiempo, se produce en el catodo una onda de excitación, que se propaga por los dos lados del catodo con una velocidad y una intensidad mayores. Un nervio excitado se encuentra, pues, recorrido á la vez por una onda de suspensión y una onda de excitación,

y su excitabilidad no es más que la resultante algebraica de estas dos acciones contrarias.»

En esta hipótesis, toda excitación determinaría, pues, en la sustancia nerviosa, dos modificaciones, una positiva, otra negativa, una tendencia á la actividad por una parte, una tendencia á la suspensión de esta actividad por otra: el efecto final no es sino la resultante de estas acciones contrarias, de suerte que predominan tan pronto la impulsión como la suspensión.

Acabamos de exponer muy sumariamente casi todo lo que la fisiología nos enseña sobre el mecanismo de la inhibición, y tendremos ocasión de aprovecharlo. Volvamos al estudio psicológico.

El poder de suspensión voluntaria, cualquiera que sea su *modus operandi*, es una formación secundaria; aparece relativamente tarde, como todas las manifestaciones de orden superior. La volición bajo su forma positiva, impulsiva, la volicion que produce alguna cosa, es la primera en el orden cro-

nológico. La volición bajo su forma negativa, que impide alguna cosa, aparece después; según Preyer (1), hacia el décimo mes, bajo la forma muy humilde de la suspensión de las evacuaciones naturales.

Pero, ¿cómo producimos una suspensión? No podemos responder á esta pregunta de una manera satisfactoria. En todo caso, hay que notar que en este respecto nuestra posición es exactamente la misma que ante la pregunta contraria: ¿Cómo producimos un movimiento? En la volición positiva, el «Yo quiero», va generalmente seguido de un movimiento; es decir, que hay desde luego la entrada en actividad en el cerebro de las imágenes motoras ó residuos motores apropiados, transmisión del influjo nervioso á los cuerpos estriados á la capa inferior del pedúnculo cerebral, al bulbo; más tarde, después del cruzamiento, á la médula espinal, á los nervios, y, por último, á los músculos. En la volición

(1) *L'Ame de l' enfant*, pág. 190-191.

negativa, el «Yo quiero», va seguido generalmente de una suspensión: las condiciones anatómicas y fisiológicas de la transmisión son bastante menos conocidas. En la hipótesis arriba indicada, no serán en nada distintas del caso precedente. Pero en uno y otro caso, la conciencia no conoce directamente más que dos cosas: la partida y la llegada; el «Yo quiero» y el acto producido ó impedido. Todos los estados intermedios se le escapan, y no los conoce sino por ciencia adquirida é indirectamente. Así fijados por la suma de nuestros conocimientos actuales, debemos limitarnos á comprobar á título de hecho que, así como tenemos el poder de empezar, continuar y aumentar un movimiento, tenemos el poder de suprimir, interrumpir y disminuir este movimiento.

Estas consideraciones nos conducen, por lo menos, á un resultado positivo: que todo acto de volición, impulsivo ó inhibitorio, *no actúa más que sobre músculos y por medio de músculos*; que toda otra concepción es vaga, inapreciable, quimérica; que, por con-

secuencia, si el mecanismo de la atención es motor, como nosotros afirmamos, es preciso que en todos los casos de atención entren en juego elementos musculares, movimientos reales ó en el estado naciente sobre los cuales actúa el poder de suspensión. Nosotros no ejercemos acción (impulsiva ó inhibitoria) más que sobre los músculos voluntarios; en esto está nuestra única concepción positiva de la voluntad. Es preciso, pues, una de dos cosas: ó bien encontrar elementos musculares en todas las manifestaciones de la atención voluntaria, ó bien renunciar á toda explicación de su mecanismo, y limitarnos á consignar que existe.

La atención se aplica voluntariamente á percepciones, imágenes ó ideas; ó, para hablar más exactamente y para evitar toda metáfora, el estado de monoideísmo puede mantenerse voluntariamente para nn grupo de percepciones, de imágenes ó de ideas, adaptadas á un fin puesto de antemano. Tenemos que determinar los elementos motores que se encuentran en estos tres casos:

1.° En lo que concierne á las percepciones no hay dificultades. Todos nuestros órganos de percepción son á la vez sensoriales y motores. Para percibir por los ojos, manos, pies, lengua ó nariz, hacen falta movimientos. Cuanto más movibles son las partes de nuestro cuerpo, más exquisita es su sensibilidad; cuanto más pobres de movimientos, más obtusa aquélla.—No es esto todo; sin elementos motores, la percepción es imposible. Recordemos, como hemos dicho antes, que si se mantiene el ojo inmóvil fijado sobre un objeto, al poco tiempo la percepción se hace confusa, y después se desvanece. Aplicad sin presión el pulpejo del dedo sobre una mesa, y al cabo de algunos minutos no sentiréis el contacto. Un movimiento del ojo ó del dedo, por ligero que sea, resucita la percepción. La conciencia no es posible más que por el cambio: éste es imposible sin el movimiento. Podríamos extendernos largamente sobre este tema, porque, aunque los hechos sean de toda evidencia y de una experiencia vulgar, la psicología ha descuidado de tal manera la

función de los movimientos, que ha concluído por olvidar que éstos son una condición fundamental del conocimiento, porque son el instrumento de la ley fundamental de la conciencia, que es la relatividad, el cambio. Bastante hemos dicho de ello para justificar esta fórmula absoluta: sin movimientos no hay percepción.

El papel de los movimientos en la atención sensorial no puede dar lugar á dudas. El relojero que estudia minuciosamente los engranajes de una máquina, adapta sus manos, sus ojos, su cuerpo: los demás movimientos los suprime. En los experimentos de laboratorio hechos para estudiar la atención voluntaria de este estado de concentración por suspensión de los movimientos, alcanza con frecuencia un grado extraordinario: hablaremos de ello más adelante. Recordemos las observaciones de Galton, referidas en el capítulo precedente, sobre los movimientos que se producen en un auditorio fatigado. Atención significa, pues, concentración é inhibición de movimientos. Distracción significa su difusión.

La atención voluntaria puede actuar también sobre la expresión de las emociones si tenemos fuertes razones para no traducir su sentimiento al exterior y un poder de suspensión suficiente para impedirlo; pero no actúa más que sobre los músculos, sobre ellos solos: todo el resto se le escapa.

Hasta aquí hemos tomado la cuestión por su aspecto más fácil. Llegamos ahora á esa forma completamente interior que se llama *reflexión*. Tiene ésta por materia imágenes ó ideas. Necesitamos, pues, encontrar en estos dos grupos de estados psíquicos elementos motores.

2.° «No parece evidente á primera vista, escribía ya Bain en 1855, que la retención de una idea (imagen) en el espíritu, sea la obra de los músculos voluntarios. ¿Cuáles son los movimientos que se producen cuando yo me represento un círculo, ó cuando pienso en la iglesia de San Pablo? No se puede responder á esta cuestión más que suponiendo

que la imagen mental ocupa en el cerebro y en las demás partes del sistema nervioso el mismo sitio que la sensación original. Como hay un elemento muscular en nuestras sensaciones, especialmente en las de orden más elevado, tacto, vista, oído, este elemento debe, de una manera ó de otra, encontrar su sitio en la sensación ideal, en el recuerdo.» Desde aquella época, la cuestión de la naturaleza de las imágenes se ha estudiado seriamente y con fruto, y resuelto en el mismo sentido (1). Mientras que para la mayor parte de los antiguos psicólogos, la imagen era una especie de fantasma, sin sitio determinado, que existía «en el alma», diferenciándose de la percepción, no en grado, sino en naturaleza, y pareciéndosele «á lo más como un retrato se parece al original»; para la psicología fisiológica, entre la percepción y la imagen, hay identidad de naturaleza,

(1) Consúltese Taine, *De l'intelligence,* lib. II.—Galton, *Inquiry into human Faculty*, etc., p.83-114. —Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*, t. III.—Binet, *Psychologie du raisonnement,* cap. II.—Ballet, *Le langage intérieur et les diverses formes de l'aphasie.*

identidad de asiento, y sólo diferencia de grado. La imagen no es una fotografía, sino una reviviscencia de los elementos sensoriales y motores que han constituído la percepción. A medida que su intensidad aumenta, se aproxima á su punto de partida y tiende á devenir una alucinación.

Para concretarnos á los elementos motores de la imagen, únicos que nos interesan, claro está que, puesto que no hay percepciones sin movimientos, éstos dejan en el cerebro, después de producirse, residuos motores, (ideas motoras, intuiciones motoras), exactamente como las impresiones de la retina ó de la piel dejan impresiones sensoriales. Si el aparato motor no tuviese su memoria, sus imágenes ó residuos, no se podría aprender ningún movimiento, ni hacerse habitual. Por lo demás, no es necesario acudir al razonamiento. Millares de experimentos prueban que el movimiento es inherente á la imagen, que está contenido en ella. El célebre experimento del péndulo de Chevreul, puede considerarse como tipo. ¿Es necesario citar otros? Las

gentes, que se precipitan en una sima por temor de caer en ella; los que se cortan con la navaja de afeitar por temor de cortarse; la «lectura del pensamiento,» que no es más que una «lectura» de estados musculares, y tantos otros hechos reputados como extraordinarios, simplemente porque el público ignora este hecho psicológico elemental; que toda imagen contiene una tendencia al movimiento. Cierto que el elemento motor no tiene siempre estas enormes proporciones, pero existe al menos en el estado naciente: como la imagen sensorial no tiene siempre la vivacidad alucinatoria, sino que se esboza simplemente en la conciencia.

3.° Si es fácil establecer la existencia de elementos motores en las imágenes, la cuestión de las ideas generales ó conceptos es más difícil. Hay que reconocer que la psicología fisiológica ha descuidado mucho la ideología, y que ha exigido volver sobre ella con los datos actuales de la experiencia: el estudio de las percepciones y de las imágenes ha prepa-

rado el camino. No tengo intención de tratar aquí episódicamente tan grave cuestión. Propongo solo, á título de orientación, repartir las ideas generales en tres grandes categorías:

Las que resultan de la fusión de imágenes *semejantes* sin la ayuda de la palabra.

Las que resultan de la fusión de imágenes *desemejantes*, con la ayuda de la palabra.

Las que se reducen á la palabra acompañada de un esquema vago, ó aun sin ninguna representación concomitante.

Dejo á un lado los conceptos reguladores (tiempo, espacio, causa), cuyo estudio nos llevaría demasiado lejos. Veamos si cada una de estas tres categorías encierra elementos motores sobre los que pueda actuar la atención.

a) La primera categoría comprende las ideas generales de la especie menos determinada, las que se encuentran en los animales superiores, en los niños y en los sordo-mudos antes del empleo del lenguaje analítico. La operación del espíritu se limita á recoger semejanzas muy salientes y á formar así *imágenes genéricas*, término que sería más exacto

que el de ideas generales. Esta operación parece muy análoga al procedimiento conocido por medio del cual Galton, superponiendo muchas fotografías, obtiene el retrato compuesto de una familia, es decir, la acumulación de las semejanzas y la eliminación de las pequeñas diferencias; pero pretender, como se ha hecho, que este procedimiento explique la formación de las ideas generales, es una tesis insostenible; no explica más que el grado más bajo, no pudiendo actuar más que sobre grandes semejanzas. —Estas imágenes genéricas, ¿encierran un elemento motor? Es bien difícil decirlo, y en todo caso inútil; porque no es en ese estado de desarrollo de la vida mental cuando se ejerce la reflexión voluntaria.

b) La segunda categoría comprende la mayor parte de las ideas generales que sirven al uso común del pensamiento. En un estudio completo del asunto, habría ocasión de establecer una jerarquía ascendente de grupos, yendo del menos general al más general; es decir, marcando el poder de apreciar semejanzas cada vez más débiles, analogías cada vez

menos numerosas. Todos los grados de esta marcha ascendente se encuentran en la historia de la humanidad: los de la Tierra del Fuego no tienen ningún término abstracto. Los indios de América tienen términos para designar la encina blanca y la encina negra; no lo tienen para designar la encina en general. Los de Tasmania tienen un término para cada especie de árbol, no lo tienen para el árbol en general; con mayor razón ni para planta, animal, color, etc. (1). Sin insistir sobre estas diferentes fases, ¿qué tenemos nosotros en el espíritu cuando pensamos esas ideas generales? Ante todo una palabra, que es el elemento fijo; con ella, una imagen cada vez menos compleja, menos clara, á medida que se asciende en la generalización. Esta imagen es un *extracto*. Se forma por un procedimiento que el espíritu emplea hasta para representarse una imagen *individual*. Que se observe, en efecto, mi representación de Pe-

(1) Lubbock, *Les origines de la civilisation,* cap. IX.—Taylor, *La civilisation primitive,* t. I, cap. VII.

dro ó de Pablo, de mi perro, de todo ser ú objeto concreto perfectamente conocido por mí; no puede ser más que un extracto de las percepciones múltiples que yo he tenido de ellas, y que me las han presentado bajo diferentes aspectos. En la representación de una imagen individual hay una lucha entre las imágenes anteriores de este objeto sobre cuál prevalecerá en la conciencia. En la concepción de una idea general hay esa lucha entre diversas imágenes genéricas con el mismo fin. Es un extracto de segundo ó tercer orden. Se forma así un núcleo común alrededor del cual oscilan elementos vagos y oscuros. Mi concepción general de hombre ó de perro, si persiste, por poco que sea, en la conciencia, tiende á tomar una forma concreta; se hace un blanco ó un negro, un sabueso ó un perro de presa.— El elemento motor está representado sobre todo por la palabra: volveremos sobre ella. En cuanto á las imágenes ó extracto de imágenes, adjuntas á la palabra, sería bien difícil decir lo que resta en ellos de los movimientos incluidos en las percepciones originales.

c) En la categoría precedente, á medida que las ideas se hacen más generales, el papel de las imágenes se borra poco á poco, la palabra se hace más y más preponderante hasta el momento en que queda sola. Tenemos, pues, esta marcha progresiva: imágenes genéricas sin palabra, imágenes genéricas con palabra, palabra sin imágenes. En este último grado, encontramos los conceptos puramente científicos. La palabra ¿existe sola en el espíritu en ese período supremo de la abstracción? Adopto la afirmativa sin vacilar. No puedo entrar en detalles, que me harían salir del asunto; me limitaré á hacer notar que, si no hay nada actualmente sin la palabra, hay, debe haber un saber potencial, la posibilidad de un conocimiento. «En el pensamiento actual, dice Leibniz, tenemos costumbre de omitir la explicación de los signos por medio de lo que significan, sabiendo ó creyendo que tenemos tal explicación en nuestro poder; pero esta aplicación ó explicación de las palabras no la juzgamos necesaria actualmente... Llamo á esta manera de

razonar ciega ó simbólica. La empleamos en álgebra, en aritmética y, de hecho, universalmente». El aprendizaje de la numeración en los niños, mejor aún en los salvajes, muestra bien como la palabra, en un principio adherida á los objetos, después á las imágenes, se desprende progresivamente para vivir vida independiente. Por último, se parece á la moneda fiduciaria (billetes de banco, cheques, etc.), ofreciendo la misma utilidad y los mismos peligros. Aquí el elemento motor no puede encontrarse más que en la palabra. Las recientes investigaciones, á las que se ha hecho alusión más arriba, han demostrado que la palabra no existe bajo la misma forma en todos los individuos. Para los unos consiste sobre todo en estados articulatorios. Stricker, en su libro sobre *La palabra y la música*, ha descrito, según una experiencia propia, un tipo perfecto de ello: son los motores por excelencia. Para otros consiste, sobre todo, en imágenes auditivas; es una *palabra interior*, muy bien descrita por V. Egger. Otros, mucho más raros, pien-

san con ayuda de palabras *leídas* ó *escritas* (1).

Estos son los visuales. En la mayor parte de los hombres, todos estos elementos actúan en dosis desiguales. Pero siempre y en todas partes, la palabra pronunciada en alta voz, el signo puramente interno, se apoya en alguna forma de percepción primitiva y, por consiguiente, encierra elementos motores.

No es posible dudar de que los elementos motores incluídos en las ideas generales de toda categoría sean con frecuencia muy débiles. Concuerda esto por lo demás, con este hecho de experiencia: que la reflexión abstracta es imposible para muchas gentes; difícil y fatigosa para casi todo el mundo.

Hemos insistido largamenie sobre esta parte de nuestro asunto, porque es la menos explorada, la menos fácil, la más expuesta á las críticas (2). Pero más de un lector dirá:

(1) Se ha publicado un caso curioso en la Revue *philosophique* (Enero 1885, p. 119). Véase también Ballet, *obra citada*, cap. III.

(2) Hemos dicho que el estudio de un gran número de casos, normales ó morbosos, ha conducido á reconocer varios

«Admitimos que hay elementos motores en las percepciones, en las imágenes y, en grado más débil, en los conceptos. De todos mo-

tipos, motor, auditivo, visual, según el grupo de imágenes que predomina en cada individuo, sin hablar del tipo ordinario ó indiferente. De aquí que el que piensa las palabras articulándolas sin oirlas (Stricker), y el que piensa las palabras oyéndolas sin articularlas (V. Egger), y el que piensa las palabras viéndolas escritas sin oirlas ni articularlas, representen tipos irreductibles. Esto corta toda discusión. Cada uno tiene razón en lo que le concierne; á él y á sus semejantes; está equivocado si generaliza sin restricción.—Sería de desear que el trabajo hecho sobre las imágenes y las diversas formas del lenguaje se intentase sobre las ideas generales. Es posible que se encontrasen también tipos irreductibles. Así Berkeley me parece que piensa las ideas generales bajo la forma *visual*. El que lea atentamente ciertos pasajes (demasiado largos para reproducirlos aquí) de la célebre Introducción al *Traité de la nature humaine*, el que lo estudie, no como una teoría de las ideas generales, sino como un documento, una confesión psicológica, deducirá que la idea general era para él una visión. «La idea del hombre, que yo puedo fabricarme, dice, debe ser la de un hombre blanco ó negro, ó moreno, derecho ó encorvado, grande, pequeño ó de estatura regular. Yo no puedo por ningún esfuerzo de pensamiento concebir la idea abstracta arriba descrita», (es decir, de un color que no sería ni rojo, ni azul, ni verde, etc., y que sería, sin embargo, un color).—Por otro lado, los nominalistas me parecen pensar las ideas generales bajo la forma puramente *auditiva*. La famosa teoría que hace de los universales, puros «flatus vocis» (Roscelin, Hobbes, etc.), me parece susceptible de dos interpretacio-

dos, esto no quiere decir que la atención actúe sobre ellos y por ellos, que sea un mecanismo motor.» Ciertamente que no hay sobre

nes. Tomada literariamente, es un contrasentido. El puro «flatus voci» es una palabra de una lengua que se ignora totalmente, que no está asociada á ninguna idea y, por tanto, no es más que un sonido, un ruido. Es poco probable que pensadores sensatos hayan sostenido esta tesis bajo la forma que se le presta ordinariamente. He aquí otra interpretación que yo propongo. Los nominalistas son espíritus secos, algebraicos, á los que basta la palabra sin despertar ninguna imagen; no hay en ellos otra representación que el sonido. Estamos bien lejos de Berkeley.—Stricker, que es un puro motor, que no puede pensar una sola palabra sin articularla, que es lo menos auditivo posible, nos dice: «Me hace falta unir alguna cosa á cada palabra para que no me aparezca como un término muerto, como una palabra de un idioma desconocido. Cuando en el curso de la vida vienen á mi espíritu palabras como «inmortalidad, virtud», me las explico de ordinario, no por palabras, sino por imágenes visuales. En la palabra «virtud», por ejemplo, yo pienso en alguna figura de mujer; en la palabra «bravura», en un hombre armado, etc.» (*Obra citada*, pág. 80-81).—Esta concepción de las ideas abstractas y generales podría llamarse la antípoda del nominalismo. Se dice en medicina que no hay enfermedades, sino enfermos; del mismo modo no hay ideas generales sino espíritus que las piensan diferentemente. En lugar de proceder filosóficamente, es decir, tratando de reducirlo todo á la unidad, ya es tiempo de proceder psicológicamente, es decir, determinando los principales tipos. Muchas discusiones se evitarían. En todo caso, este trabajo, á mi entender, vale la pena de intentarse.

este punto ninguna observación ó experimento que sea decisivo. La experiencia *cruzial* consistiría en ver si un hombre, privado de toda movilidad externa é interna, y solamente de ella, es todavía capaz de atención. Pero es irrealizable. En los casos morbosos, que estudiaremos después, no hay nada que se aproxime á esto. Notemos, sin embargo, de pasada, que es imposible reflexionar á carrera abierta, aun cuando se corra sin otro objeto que el de correr; haciendo una ascensión dura, aun cuando no haya ningún peligro y no se mire el paisaje. Una multitud de ejemplos demuestra que, entre un gran gasto de movimientos y el estado de atención hay antagonismo. A la verdad, hay gentes que reflexionan andando á grandes pasos y gesticulando; pero se trata aquí de un trabajo de invención más bien que de concentración, y el exceso de fuerza nerviosa se descarga por diferentes vías. En definitiva, es evidente que la atención es una suspensión; y esta suspensión no puede producirse más que por un mecanismo fisiológico que impida el gasto

de movimientos reales en la atención sensorial, de movimientos en estado naciente en la reflexión; porque producido el movimiento, éste es la restitución al exterior, el desvanecimiento del estado de conciencia, la fuerza nerviosa que le produce trasformándose en impulsión motora. «El pensamiento, dice Setschénof, es un reflejo reducido á sus dos primeros tercios»; Bain, más elegantemente: «Pensar es contener la palabra ó la acción.»

Para concluir, veamos lo que se debe entender por la expresión corriente: «dirigir voluntariamente la atención sobre un objeto» y lo que acontece en tal caso.

«Lo que pasa en tal caso, dice excelentemente Maudsley, no es otra cosa que la excitación de ciertas corrientes nerviosas de ideación y su mantenimiento en actividad, hasta que hayan llevado á la conciencia, por irradiación de su energía, todas las ideas asociadas, ó al menos el mayor número de ideas que es posible poner en actividad en el estado

momentáneo del cerebro... Parece, pues, que la fuerza que llamamos atención, es más bien una *vis a fronte* que atrae la conciencia que una *vis a tergo* que la empuja... La conciencia es el resultado, no la causa de la excitación. El lenguaje psicológico á la moda invierte esta proposición y pone, como vulgarmente se dice, la carreta delante de los bueyes; porque en la reflexión no se trata, como se piensa habitualmente, de dirigir la conciencia ó la atención sobre la idea, sino de dar á la idea una intensidad suficiente para que sea ella la que se imponga á la conciencia (1).»

De todos modos, queda todavía un punto equívoco. Si se admite que el mecanismo general de la atención es motor, y que, en el caso particular de la atención voluntaria, consiste sobre todo en acción de suspensión, hay que preguntar cómo se efectúa esta suspensión, y sobre qué. Esta es una cuestión tan oscura, que apenas es posible más

(1) *Physiologie de l'esprit,* trad. Herzen, p. **302-306.**

que indicarla; pero vale más ensayar una respuesta, aun de mera conjetura, que eludir la dificultad.

Tal vez no deje de tener algún provecho el buscar aclaraciones en un orden de fenómenos análogos, pero más sencillos.

Los movimientos reflejos, sean los reflejos propiamente dichos, naturales, innatos, sean los reflejos adquiridos, secundarios, fijados por la repetición y el hábito, se producen sin elección, sin dudas, sin esfuerzo, y pueden durar mucho tiempo sin fatiga. No ponen en juego en el organismo más que los elementos necesarios para su ejecución, y su adaptación es perfecta. Son, en el orden estrictamente motor, los equivalentes de la atención espontánea, que es también un reflejo intelectual, y no supone ni elección, ni dudas, ni esfuerzo, y puede durar también mucho tiempo sin fatiga.

Pero hay otras categorías de movimientos más complejos, artificiales, de los que pueden darse como ejemplos: la escritura, la danza, la esgrima, todos los ejercicios corporales,

las profesiones mecánicas. Aquí, la adaptación, no es ya natural, tiene que adquirirse trabajosamente. Exige una elección, tanteos, esfuerzos, y al principio va acompañada de fatiga. La observación diaria demuestra que se producen al principio un gran número de movimientos inútiles: el niño que aprende á escribir mueve el brazo, los ojos, la cabeza, y á veces una parte del cuerpo. Lo que hay que conseguir es impedir esa difusión y, por medio de asociaciones y disociaciones apropiadas, producir el *máximum* de trabajo útil con el *mínimum* de esfuerzo. La razón de este hecho está en que no hay movimientos aislados; y que un músculo que se contrae actúa sobre sus vecinos y con frecuencia sobre otros muchos. Se consigue por medio de ensayos repetidos, por una feliz casualidad; las gentes hábiles, rápidamente; las torpes, con lentitud ó nunca. Pero el mecanismo es siempre el mismo: consiste en reforzar ciertos movimientos, en coordinarlos en grupos simultáneos ó en serie, y en suprimir los demás, en *suspenderlos*.

La atención voluntaria ó artificial procede del mismo modo. Cuando se prepara á entrar en ese estado penoso, se ve que los estados de conciencia surgen por grupos ó por series, porque no hay más estados de conciencia aislados que movimientos aislados. Entre ellos, muchos no sirven para el objeto principal, ó lo dificultan. Hay aquí también estados de conciencia inútiles ó nocivos que suprimir, si es posible. Una buena parte de nuestra tarea consiste en ese trabajo negativo, por el cual los intrusos son expulsados de la conciencia ó reducidos á su menor intensidad. ¿Cómo se consigue esto cuando se consigue? Es preciso, ó bien renunciar á toda explicación, ó bien admitir una acción de suspensión ejercida sobre los elementos motores de esos estados de conciencia. Tenemos en semejante caso el sentimiento muy claro de un esfuerzo sostenido. ¿De dónde procederá éste sino de la energía gastada para producir acciones de suspensión? Porque el curso ordinario del pensamiento, entregado á sí mismo, está exceptuado de él. Si á esto se objeta que de ese modo el meca-

nismo de la atención voluntaria queda oculto, recordaremos que el mecanismo fundamental de toda volición queda oculto. No entran en la conciencia más que los dos términos extremos, el principio y el fin: todo el resto queda en el dominio fisiológico, ya se trate de hacer ó de impedir, ó de producir un movimiento ó una suspensión.

La atención es un estado momentáneo, provisorio, del espíritu; no es un poder permanente como la sensibilidad ó la memoria. Es una forma (la tendencia al monoideísmo) que se impone á una materia (el curso ordinario de los estados de conciencia); su punto de partida está en el azar de las circunstancias (atención espontánea), ó en la posición de un fin determinado de antemano (atención voluntaria). En ambos casos, es preciso que se despierten estados afectivos, tendencias. Aqui está la *dirección* primitiva. Si faltan, todo aborta; si son vacilantes, la atención es inestable; si no duran, la atención se desvanece. Al hacerse así preponderante un estado de conciencia, el mecanismo de la asociación

entra en juego siguiendo su forma múltiple. El trabajo de *dirección* consiste en elegir los estados apropiados, en mantenerlos (por inhibición) en la conciencia, de modo que puedan proliferar á su vez, y así sucesivamente por una serie de elecciones, de suspensiones y de refuerzos. La atención no puede nada más; ella no crea nada, y si el cerebro es infecundo, si las asociaciones son pobres, funciona en vano. Dirigir voluntariamente su atención, es un trabajo imposible para muchas personas, aleatorio para todos.

III

Sabido es por experiencia que la atención voluntaria va siempre acompañada de un sentimiento de esfuerzo, que está en razón directa de la duración de la atención y de la dificultad de mantenerla. ¿De dónde viene

ese sentimiento de esfuerzo y cuál es su significación?

El esfuerzo atencional es un caso particular del esfuerzo en general, cuya manifestación más común y más conocida, es la que acompaña al trabajo muscular. Tres opiniones se han emitido sobre el origen de este sentimiento.

Es de origen central: es anterior al movimiento, ó al menos simultáneo; va de dentro á fuera; es centrífugo, eferente; es un sentimiento de energía desplegada; no resulta, como en la sensación propiamente dicha, de un influjo exterior trasmitido por los nervios centrípetos (Bain).

Es de origen periférico: es posterior á los movimientos producidos; va de fuera á dentro: es aferente; es el sentimiento de la energía que *ha sido* desplegada; es, como toda otra sensación, transmitido de la perifería del cuerpo al cerebro por los nervios centrípetos (Charlton Bastian, Ferrier, W. James, etc.)

Es á la vez central y periférico: hay un sentimiento de la fuerza ejercida ó sentimien-

to de inervación, y hay también un sentimiento de movimiento efectuado; es primero centrífugo, después centrípeto (Wundt). Esta teoría mixta parece ser también la de J. Müller, uno de los primeros que han estudiado la cuestión.

La segunda tesis, que es la más reciente, parece la más sólida. Ha sido expuesta cuidadosamente por M. W. James en su monografía *The Feeling of Effort* (1880), y la tesis del sentimiento de energía desplegada, anterior al movimiento, ha sido criticada por él con una gran penetración. El autor, discutiendo los hechos, unos tras otros, ha demostrado que, en los casos de parálisis de una parte del cuerpo ó de un ojo, si el enfermo tiene el sentimiento de una energía desplegada, aunque el miembro permanezca inmóvil (lo que parece justificar la tesis de un sentimiento de inervación central, anterior al movimiento) es que hay en realidad un movimiento producido en la otra parte del cuerpo, en el miembro correspondiente, ó en el ojo que no está paralizado. Deduce de aquí,

que este sentimiento es un estado aferente, complejo, que viene de la contracción de los músculos, de la extensión de los tendones, de los ligamentos y de la piel; de las articulaciones comprimidas; del pecho fijado; de la glotis cerrada; de la ceja fruncida; de las mandíbulas apretadas, etc.; que es, en una palabra, como toda sensación, de origen periférico. Hasta para los que no consentirían en admitir esta tesis como definitiva, es cierto que explica los hechos de una manera bastante más satisfactoria, bastante más conforme á las leyes generales de la fisiología que la hipótesis que liga este sentimiento á la descarga nerviosa motora, permaneciendo insensible el aparato motor en la dirección centrípeta.

Examinemos ahora el caso particular del esfuerzo de la atención. Los antiguos psicólogos se han limitado á comprobar su existencia: no le explican. No hablan de él más que en términos vagos ó misteriosos, como de un «estado del alma» y de una manifestación hiperorgánica. Ven en él «una acción

del alma sobre el cerebro para ponerle en juego.» Me parece que Fechner es el primero (1860), que ha ensayado una localización precisa de las diversas formas de la atención, refiriéndolas á partes determinadas del organismo. Por este título, me parecen dignos de mencionarse, como tentativa de explicación, los pasajes siguientes:

«El sentimiento de esfuerzo de la atención en los diversos órganos sensoriales, no me parece ser más que un sentimiento muscular *(Muskelgefühl)*, producido poniendo en movimiento, por una especie de acción refleja, los músculos que están en relación con los diferentes órganos sensoriales. Se preguntará entonces, ¿á qué contracción muscular puede estar ligado el sentimiento de esfuerzo de atención cuando nos esforzamos en recordar alguna cosa? Mi sentido interno me da sobre esto una respuesta clara. Experimento una sensación muy distinta de tensión, no en el interior del cráneo, sino como una tensión y contracción de la piel de la cabeza, y una presión de fuera adentro sobre

todo el cráneo, causada sin duda por una contracción de los músculos de la piel de la cabeza: lo que concuerda perfectamente con las expresiones: abrirse la cabeza *(sich den Kopfzerbrechen)*, comprimirse la cabeza *(den Kopf zusammennehmen)*. En una enfermedad que tuve una vez, durante la cual no podía soportar el menor esfuerzo de pensamiento continuo (y en esta época no estaba inclinado á ninguna teoría), los músculos de la piel, en particular los del occipucio, tenían un grado muy claro de sensibilidad morbosa, siempre que trataba de reflexionar.»

En el pasaje siguiente, Fechner describe este sentimiento del esfuerzo, al principio en la atención sensorial, después en la reflexión:

«Si trasportamos nuestra atención del dominio de un sentido al de otro, experimentamos inmediatamente un sentimiento determinado de cambio de dirección; sentimiento difícil de describir, pero que todos pueden reproducir por experiencia. Designamos este cambio como una tensión diversamente localizada.

»Sentimos una tensión dirigida hacia adelante en los ojos, dirigida del lado de las orejas y variando con el grado de atención, según que miramos atentemente ó escuchamos alguna cosa: por esto es posible hablar del esfuerzo de la atención. Se siente muy claramente la diferencia cuando se cambia con rapidez la dirección de la atención del ojo al oido. Del mismo modo, el sentimiento se localiza diversamente según que queremos oler, gustar y tocar con cuidado.

»Cuando quiero representarme lo más claramente posible un recuerdo ó una imagen, experimento un sentimiento de tensión en todo análogo al de la visión ó la audición atenta. Este sentimiento tan semejante está localizado de un modo bien diferente. Mientras que en la visión atenta de los objetos reales, lo mismo que en las imágenes consecutivas, la tensión está sentida por delante; y mientras que aplicando la atención á los otros dominios sensoriales, sólo cambia la dirección hacia los órganos exteriores y el resto de la cabeza no da ningún signo de tensión, en el

caso de los recuerdos y de las imágenes, tengo la conciencia de que la tensión se retira por completo de los órganos exteriores de los sentidos, y que parece ocupar más bien la parte de la cabeza que llena el cerebro. Si quiero, por ejemplo, representarme vivamente un objeto ó una persona, parece producirse en mí, con tanta más fuerza cuanta mayor atención presto, no por delante, sino por decirlo así, por detrás (1).

Desde la época en que apareció la obra de Fechner, las investigaciones ya mencionadas de Duchenne, de Darwin y de todos los que han estudiado los movimientos expresivos, han dado más, mucha más precisión y claridad á este asunto. Recordemos también el papel de los movimientos respiratorios de que Fechner nos habla. Tiene tan grande importancia que, en ciertos casos, engendran por sí mismos el sentimiento del esfuerzo. Ferrier lo ha demostrado, apoyándose en un experimento muy sencillo. Si se extiende el

(1) *Elemente der Psychopysik*, tít. II, pág. 490 y 475.

brazo, si se tiene el índice en la posición necesaria para dar un tiro de revólver, se puede tener sin mover realmente el dedo, la experiencia de un sentimiento de energía desplegada. He aquí, pues, un caso claro del sentimiento de energía desplegada, sin contracción real de la mano, y sin esfuerzo físico perceptible (que es la tesis de Bain). «Pero, si el lector comienza de nuevo el experimento y pone bastante atención en el estado de su respiración, observa que su conciencia del esfuerzo coincide con una fijación de los músculos del pecho y que, en proporción con la suma de energía que siente poner en juego por sí mismo, tiene su glotis cerrada y contrae activamente sus músculos respiratorios. Que ponga su dedo como antes, y que *siga respirando* siempre, verá que, por grande que sea la atención dirigida por sí al dedo, no sentirá la menor señal de conciencia de esfuerzo hasta que el dedo mismo haya sido movido realmente, y entonces es llevada localmente á los músculos que obran. No quiere decir esto que cuando ese factor

respiratorio, esencial, siempre presente, se deja á un lado como se ha hecho, la conciencia del esfuerzo pueda tener algún grado de plausibilidad, ser atribuída á la corriente centrífuga.»

En resumen, siempre y por todas partes contracciones musculares. Aun en los casos en que permanecemos inmóviles, se encontrará, si uno se fija con cuidado, que la reflexión intensa va acompañada de un principio de palabra, de movimiento de la laringe, de la lengua, de los labios. Entre los que no pertenecen al tipo motor, por tanto los más desfavorables á nuestra tesis, hay un estado de audición ideal ó de visión ideal; el ojo, aunque esté cerrado, se relaciona á objetos imaginarios. Czermak y después de él Stricker, han hecho notar que si después de haber contemplado interiormente la imagen de un objeto supuesto muy cercano, se pasa bruscamente á la visión mental de un objeto muy alejado, se siente un cambio claro en el estado de inervación de los ojos. En la visión real debe pasarse, en tal caso, del estado de

convergencia al estado de paralelismo de los ejes visuales; es decir, inervar los músculos motores del ojo de otra manera. La misma operación, más débil, en el estado naciente, se produce en la visión interior que acompaña á la reflexión. Por último, en todos los casos, hay modificaciones en el ritmo de la respiración (1).

Podemos responder ahora á la pregunta hecha más arriba: ¿Cuál es el origen del sen-

(1) Recientemente, M. Guge (de Amsterdam), ha dado el nombre de *aprosequia* (de ἀ y προσέχειν) á la incapacidad de fijar la atención sobre un objeto determinado, á consecuencia de una disminución de la respiración nasal, debida á ciertas circunstancias, tales como los tumores adenoides en la cavidad naso-faríngea, pólipos de la nariz, etc.—Un niño de siete años no había llegado á aprender en la escuela, durante doce meses, más que las tres primeras letras del alfabeto. Operado del tumor adenoide, aprendió en una semana el alfabeto entero. Otros alumnos de gimnasio y estudiantes, atacados de estas afecciones, no pudieron aprender nada. Tenían la sensación de que cada esfuerzo para fijar la atención determinaba dolores de cabeza y vértigos. Podían, sin fatiga, leer de seis á diez veces una frase, pero sin comprender lo que habían leído y sin pensar, sin embargo, en otra cosa. Esta circunstancia diferencia ese estado del de la distracción ordinaria. (*Biologische Centralblatt*, 1.º de Enero de 1888.)

timiento del esfuerzo en la atención, y cuál es su significación?

Tiene su origen en esos estados físicos tantas veces enumerados, condiciones necesarias de la atención. No es más que su repercusión en la conciencia. Depende de la cantidad y de la calidad de las contracciones musculares, de las modificaciones orgánicas, etcétera. Su punto de partida es periférico, como el de cualquiera otra sensación.

Significa que la atención es un estado anormal, no duradero, que produce un agotamiento rápido del organismo; porque, al fin del esfuerzo, hay fatiga; al cabo de la fatiga, la inactividad funcional.

Queda un punto oscuro. Cuando pasamos del estado ordinario al estado de atención sensorial ó de reflexión, se produce un aumento de trabajo. El hombre, recargado por una larga marcha, una gran contención del espíritu, ó que sucumbe al sueño después de una jornada; el convaleciente que sale de una enfermedad grave; en una palabra, todos los debilitados, son incapaces de atención, porque

ésta exige, como toda forma de trabajo, un capital de reserva, que puede gastarse. En el paso del estado de distracción al de atención hay, pues, trasformación de fuerza de tensión en fuerza viva, de energía potencial en energía actual. Ahora bien, aquél es un momento *inicial* muy distinto al momento del esfuerzo sentido, que es un efecto. Hago esta llamada sin insistir. El examen de la cuestión no podrá intentarse con provecho sino después de haber recorrido el conjunto de nuestro estudio.

IV

Las investigaciones experimentales sobre la atención voluntaria, han confirmado y precisado ciertas conclusiones, que desde luego se desprenden naturalmente de una comprensión exacta del asunto. Estas investigaciones son directas ó indirectas, según que

estudian la atención en sí misma, en sus variaciones individuales, en estado normal y morboso, ó según que estudien como el medio, el instrumento de otras investigaciones sobre la duracion de las percepciones, de las asociaciones, del juicio, ó de la elección. La atención es, en efecto, la condición psíquica fundamental de casi todas las investigaciones psicométricas (1).

Obersteiner, para el que la atención es esencialmente un hecho de inhibición, ha encontrado que exige en general más tiempo entre los ignorantes que entre las gentes cultas; en las mujeres que en los hombres que por su género de vida han desarrollado su poder de suspensión; en los viejos que en los adultos y los jóvenes: lo que consiste sin duda

(1) Consúltese para el pormenor y lo necesario para los experimentos: Obersteiner, *Experimental Researches on attention*, en *Brain*, Enero 1879.—Wundt, *Psychologie physiologique*, t. II, c. XVI—Exner, en Hermann, *Handbuch der Physiologique*, t. II, fasc. 2, pág. 233 y sig.—Stanley Hall, *Reaction time and attention in the hypnotic state*, en *Mind* (Abril 1883).—La unidad en todos los números dados, es la milésima de segundo=σ.

en una actividad funcional menos rápida.

Una serie de experimentos hechos en la misma persona, han dado como término medio: en estado normal, 133 σ; en el caso de dolor de cabeza 171 σ, y en el estado de fatiga y de somnolencia 183 σ. En un enfermo, al principio de la parálisis general, el tiempo medio era de 166 σ; en el segundo período de esta efermedad, cuando el sujeto fué compatible con la investigación experimental, se han obtenido 281 σ y hasta 755 σ. De otro lado, Stanley Hall, que ha tenido la suerte de encontrar un individuo que podía reobrar correctamente en estado de hipnotismo, ha comprobado una disminución muy sensible del tiempo de reacción, que pasa de un término medio de 328 σ (estado normal) á 193 σ (estado hipnótico), resultado que puede ser previsto en razón del monoideísmo propio en el hipnotismo.

Wundt y Exner han hecho otros experimentos en el hombre normal. A veces, al individuo se le coge en estado de distracción, y la impresión contra la cual debe reaccionar so-

breviene de improviso y sin haberse determinado de antemano. A veces la impresión está determinada en cuanto á su naturaleza, pero no en cuanto al tiempo en que se debe producir. Otras, la impresión está completamente determinada (naturaleza y tiempo), advirtiendo una señal al individuo, que la impresión va á venir. En esta mezcla ascendente de la indeterminación hacia la determinación, el tiempo de reacción va siempre disminuyendo, como se podría suponer de antemano. Así, mientras que en el caso de distracción puede elevarse á la cifra enorme de 500 σ, cae en el segundo caso á 253 σ, y con señal á 76 σ.

Estos experimentos nos presentan bajo su forma más simple al estado llamado de *atención expectante* ó de preatención. Contienen algunas observaciones propias para confirmar lo que se ha dicho anteriormente.

Si en la atención expectante se considera el lado *intelectual*, se ve que es un estudio preparatorio durante el cual se evoca la imagen de un acontecimiento previsto ó presu-

mido. Se constituye el estado de monoideísmo de manera que el acontecimiento real no es más que el refuerzo de la representacion preexistente. En ciertos experimentos, se producen dos impresiones casi simultáneas, y se trata de determinar cuál es anterior en el tiempo. Si son de distinta naturaleza, una auditiva (un golpe de timbre), la otra visual (una chispa eléctrica), se tiene una tendencia á considerar como anterior, ó la impresión más fuerte, ó bien aquélla á que se dirigía la atención.

Entregándose á investigaciones de este género, Wundt podía, á voluntad, según la dirección dada á su atención, ser primero tan pronto la una como la otra. Cuando las dos excitaciones son de igual naturaleza, no se percibe bien más que la primera; la segunda pasa desapercibida.

Si se considera el lado *motor* de la atención expectante, se ve que produce una inervación preparatoria de los centros nerviosos y de los músculos que, al menor choque, puede convertirse en impulsión real. La repre-

sentación sola puede, pues, producir una reacción, sin causa exterior.

Este estado explosivo se produce sobre todo en los casos en que la impresión esperada es indeterminada, en los casos que se podría llamar de atención expectante en general. La inervación motora se reparte entre todos los dominios sensoriales: se produce entonces un sentimiento de inquietud y de malestar de tensión tal, que un cuerpo que cae, un accidente de laboratorio, producen una reacción automática.

Cuando la impresión esperada está bien determinada, la inervación motora tiene su camino trazado de antemano; la tensión, en lugar de ser difusa, está localizada. El tiempo de reacción puede hacerse nulo y hasta negativo.

Cuando se debe hacer la reacción por procesos diferentes ó por excitaciones diferentes, es preciso que se produzca un cambio en la dirección de las vías nerviosas: este es un estado muy fatigoso. Si nos obstinamos en reaccionar, el tiempo aumenta desme-

suradamente, hasta un segundo, según Exner.

Debemos mencionar tambien las investigaciones experimentales de M. N. Lange sobre las oscilaciones de la atención sensorial. En el silencio de la noche, el tic-tac de un reloj, situado á alguna distancia, á veces no se oye y otras se oye reforzado: igual pasa con el ruido de una cascada; oscilaciones análogas se han observado en el orden de las sensaciones ópticas y táctiles. Estas variaciones no son objetivas, no pueden ser sino subjetivas. ¿Hay que atribuirlas, como se hace de ordinario, á la fatiga del órgano sensorial? El autor no lo cree; son para él de causa central y debidas á las oscilaciones de la atención. Cuando se está atento á dos excitaciones simultáneas, una óptica y la otra acústica; si son de origen periférico las oscilaciones, deberían ser independientes la una de la otra. No ocurre así: las dos especies de oscilaciones no coinciden jamás; están siempre separadas por un intervalo perfectamente determinado. ¿Cuál es la causa de esta periodi-

cidad de las oscilaciones? Según el autor, está en la oscilación de las imágenes que acompañan á la percepción sensorial. El refuerzo que existe en la atención, proviene de que á la impresión actual se agrega la imagen de una impresión anterior. La atención sensorial sería una asimilación de la impresión real que permanece inmutable con la imagen anterior que experimentan las oscilaciones (1).

Se ve, en resumen, que la atención no se parece en nada á una actividad pura que está ligada á condiciones físicas, perfectamente determinadas: no obra más que por ellas y depende de ellas.

(1) Lauge *Beiträge zur Theorie der sinnlichen Aufmerksamkeit und der activen Apperception* en los *Philosophische Studien,* 1887, tít. IV, fasc. 3.

CAPITULO III

LOS ESTADOS MORBOSOS DE LA ATENCIÓN

La distracción.—Clasificación de las formas patológicas.—1.° Hipertrofia de la atención: transición del estado normal á los estados morbosos —La hipocondría.—Las ideas fijas: sus variedades.—Semejanzas y diferencias con la atención.—El éxtasis: sus variedades; los diversos grados del éxtasis. Estado de monoideismo completo.—2.° Atrofia de la atención: los maniacos.—El estado de agotamiento; la debilidad de la atención y la del poder motor van á la par.—La atención en el sueño y en el hipnotismo.—La atención en los idiotas.

Para acabar el estudio de la atención, nos quedan por examinar los casos morbosos. No me propongo bosquejar una patología de la atención: el título sería demasiado ambicio-

so y la empresa prematura; pero hay hechos olvidados por la psicología, aunque sean vulgares, á que convendría pasar revista. La importancia que tienen para hacer comprender mejor el mecanismo de la atención normal, no se le ocultará al lector.

El lenguaje corriente opone á la atención el estado de «distracción»; pero esta palabra en nuestro lenguaje y en otros muchos, tiene un sentido equívoco; designa estados del espíritu en apariencia bastante semejantes, en el fondo completamente contrarios. Se llama «distraídos» á los individuos cuya inteligencia es incapaz de fijarse de un modo algo estable, que pasan incesantemente de una idea á otra, á voluntad de los cambios más fugitivos de su humor ó de los acontecimientos más insignificantes de su medio. Es un estado perpetuo de movilidad y de expansión, que es el antípoda de la atención, y se encuentra frecuentemente en los niños y en las mujeres. Se aplica también la palabra «distracción» á casos completamente distintos. Las personas absorbidas por una idea y «distraídas» de

lo que les rodea, ofrecen poco blanco á los sucesos exteriores, que resbalan sobre ellas sin penetrarlas. Parecen incapaces de atención, porque son muy atentos. Muchos sabios son célebres por sus «distracciones,» y hay ejemplos de ello tan conocidos por todo el mundo, que es inútil referirlos. Mientras que los distraídos-disipados se caracterizan por el paso incesante de una idea á otra, los distraídos-absortos se caracterizan por la imposibilidad ó la gran dificultad del tránsito. Están aferrados á su idea como prisioneros sin deseo de evadirse. En realidad, su estado es una forma mitigada del caso morboso, que estudiaremos más adelante con el nombre de idea fija.

Estas manifestaciones de la vida ordinaria, estas diversas formas de «distracción» son en definitiva casos que instruyen poco, y será de más provecho para nosotros insistir sobre las formas francamente patológicas. Sin pretender nada que se parezca á una clasificación sistemática, trataremos de agruparlos según un orden racional. Para conseguirlo,

nos debe servir de punto de partida el hecho mismo de la atención normal, y nos queda por observar sus variaciones de naturaleza y sus desviaciones. Ciertos autores han estudiado las perturbaciones de la atención, relacionándolas con los diferentes tipos de enfermedades mentales generalmente admitidos: hipocondría, melancolía, manía, demencia, etc. Este procedimiento, además de que entraña perpetuas rectificaciones, tiene el defecto más grave de no sacar á plena luz el hecho de la atención. Se la estudia, no por sí misma, sino á título de síntoma. Para nosotros, por el contrario, debe estar en primera línea: el resto es accesorio. Es necesario que las formas morbosas estén unidas al tronco común—el estado normal—que se aperciban siempre y claramente sus relaciones: sólo con esta condición es como nos puede instruir la patología.

Si, como lo hemos dicho anteriormente, se define la atención: el predominio temporal de un estado intelectual ó de un grupo de stados con adaptación natural ó artificial

del individuo; si tal es el tipo normal, se pueden observar las desviaciones siguientes:

1.° Predominio *absoluto* de un estado ó de un grupo de estados, que se hace estable, fijo, que no puede ser arrojado de la conciencia. Este no es un simple antagonista de la asociación espontánea, que limita su papel á gobernarla; es un poder destructor, tiránico, que sujeta todo, que no permite que se haga la proliferación de las ideas más que en un solo sentido que oprime la corriente de la conciencia en un lecho estrecho, sin que pueda salir de él, que esteriliza más ó menos todo lo que es extraño á su dominación. La hipocondría, mejor todavía, las ideas fijas y el éxtasis, son casos de este género. Forman un primer grupo morboso, que llamaré la *hipertrofia de la atención*.

2.° En el segundo grupo, comprenderé los casos en que la atención no puede mantenerse, ni aun á menudo constituirse. Este desfallecimiento se produce en dos circunstancias principales. Unas veces el curso de estas ideas es tan rápido, tan exuberante, que el

espíritu se entrega á un automatismo sin freno. En este flujo desordenado, ningún estado dura ni predomina; no se forma ningún centro de atracción, ni aun temporal. Aquí el mecanismo de asociación toma su revancha; obra sólo, con toda su potencia, sin contrapeso. Tales son ciertas formas de delirio, y sobre todo, la manía aguda. Otras veces, no pasando el mecanismo de la asociación de la intensidad media, hay ausencia ó disminución de poder de suspensión. Este estado se traduce subjetivamente por la imposibilidad ó la extraordinaria dificultad del esfuerzo. Nada converge ni espontáneamente, ni por artificio: todo queda flotante, indeciso y disperso. Se encuentran numerosos ejemplos de esto en los histéricos, en las personas atacadas de debilidad irritable, en los convalecientes, en los individuos apáticos é insensibles, en la embriaguez, en el estado de fatiga extraordinaria del cuerpo ó del espíritu, etc. Esta impotencia coincide, en suma, con todas las formas de agotamiento. Designaremos este grupo, en oposición al

otro, con el nombre de *atrofia de la atención*.

Observemos de paso que el primer grupo de estados morbosos aumenta más bien la atención espontánea, y el segundo, la atención voluntaria. El uno denota una fuerza exagerada; el otro una debilidad exagerada del poder de concentración. El uno es una evolución y va hacia el *más*, el otro es una disolución y va hacia el *menos*. Desde ahora, la patología verifica lo que se ha dicho anteriormente. La atención voluntaria, como todas las obras artificiales, es precaria, vacilante. La enfermedad no la trasforma, pero la hace caer en pedazos. La atención espontánea como todas las fuerzas naturales, puede amplificarse hasta la extravagancia, pero no puede más que trasformarse; en el fondo no cambia de naturaleza, es como un viento, ligero al principio, que se convierte en tempestad después.

3.° El tercer grupo no comprende formas morbosas de la atención, sino una enfermedad congénita. Tales son los casos en que la

atención espontánea, y con mayor razón la atención voluntaria no se constituyen, ó bien no aparecen más que por relámpagos. Esto se encuentra en diferentes grados en los idiotas, los imbéciles, los débiles de espíritu y los dementes.

Después de esta clasificación rápida pasemos á los detalles.

I

Conviene primero observar que hay una transición casi insensible del estado normal á las formas más extravagantes de la idea fija. A todo el mundo le ha ocurrido verse como perseguido por un aire musical ó una frase nsignificante, que se repite obstinadamente sin razón válida. Esta es la forma más ligera de la idea fija. El estado de preocupación nos conduce á un grado más alto: el cuidado de una persona enferma, de un examen que pre-

parar, de un gran viaje que emprender, y otros mil hechos de esta naturaleza; sin constituir un estado de verdadera obsesión para la conciencia, obran por repetición. A pesar de su intermitencia, la idea permanece viva, brotando bruscamente del fondo de lo inconsciente; tiene más estabilidad que ninguna otra, y sus eclipses momentáneos no le impiden jugar el papel principal. A decir verdad, en todo hombre sano hay casi siempre una idea dominante que reglamenta su conducta: el placer, el dinero, la ambición, la salvación de su alma. Esta idea fija, que dura toda la vida, excepto en el caso en que hay sustitución de una por otra, se resuelve, finalmente, en una pasión fija: lo que prueba una vez más que la atención y todos sus modos dependen de estados afectivos. La metamorfosis de la atención en idea fija aparece todavía mucho mayor en los grandes hombres. «¿Qué es una gran vida?—decía Alfred de Vigny.—Un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura». Para muchos hombres célebres este «pensamiento» ha sido

de tal modo absorbente y tiránico, que apenas se le puede rehusar el carácter morboso.

Esta trasformación de la atención espontánea en idea fija, decididamente patológica, está muy clara en los hipocondriacos. Se puede seguir su evolución, observar todos sus grados, porque esta enfermedad tiene un gran número de ellos, desde la preocupación más ligera, hasta la más completa obsesión. Aunque pueda germinar y crecer, más que en un terreno propicio, y suponga por consiguiente ciertas condiciones físicas y mentales, en su origen no pasa del nivel medio de la atención espontánea: el aumento se hace sólo poco á poco. Poco importa, por otra parte, que los sufrimientos sean reales ó imaginarios. Desde el punto de vista psicológico, subjetivo, es igual. Se sabe que el solo hecho de fijar la atención sobre una parte del cuerpo, el corazón, el estómago, la vejiga, los intestinos, lleva á la conciencia sensaciones insólitas, lo que es un caso de la ley general de que todo estado de conciencia vivo tiende á actualizarse. Ciertos hombres tienen en este

respecto un don particular. Sir J. Brodie afirma que podía experimentar un dolor en una región cualquiera de su cuerpo fijando fuertemente la atención sobre ella. Ahora bien; fijar la atención significa simplemente dejar que un cierto estado dure y predomine. Este predominio, inofensivo al principio, aumenta por los efectos mismos que produce. Se ha establecido un centro de atracción que poco á poco adquiere el monopolio de la conciencia. Entonces es una preocupación perpetua, una observación de todos los instantes sobre el estado de cada órgano y los productos de cada función; en una palabra, el estado de hipocondría completa, cuyo cuadro se ha trazado tantas veces.

Pero hay ideas fijas más extraordinarias, más raras, que por su naturaleza, puramente intelectual, son como la caricatura de la reflexión. Estas son las ideas fijas propiamente dichas. Muchos autores contemporáneos las han estudiado con gran cuidado (1). Por des-

(1) Westphal, *Ueber Zwangsvorstellungen (Archiv. für Psychiatrie*, 1878); Berger, *Grübelsucht und Zwangsvorstellun-*

gracia, las memorias y las recopilaciones de observaciones sobre este asunto casi no ha salido del dominio de la psiquiatria, y la psicología no ha sacado provecho de ellas por lo menos en lo que concierne á la atención.

Se está casi de acuerdo para clasificar las ideas fijas en tres grandes categorías:

1.° Las ideas fijas simples, de naturaleza puramente intelectual, que quedan lo más frecuentemente encerradas en la conciencia ó que no se traducen al exterior más que por actos insignificantes.

2.° Las ideas acompañadas de emociones, tales como el terror y la angustia (agorafobia, locura de la duda, etc.)

3.° Las ideas fijas de forma impulsiva,

gen (ibid, t. VIII); Krafft-Ebing, *Lehrbuch der Psychiatrie* y *Ueber Geistesstörungen durch Zwangsvorstellungen (Zeitschrift für Psychiatrie*, t. XXXV); Griesinger, *Ueber ein wenig bekannten psychopathische Zustand (Archiv für Psych.*, t. I); Meschede, *Ueber krankhafte Fragesucht (Zeit. für Psych.*, t. XXVII); Buccola, *Le idee fisse e le loro condizione fisiopatologiche* (1880); Tamburini, *Sulla pazzia del dubbio e sulle idee fisse ed impulsive* (1883); Luys, *Des obsessions pathologiques (Encéphale*, 1883); Charcot et Magnan, *De l'onomatomanie* (en *Archives de neurologie*, 1885.)

conocidas bajo el nombre de tendencias irresistibles, que se traducen por actos violentos ó criminales (robo, homicidio, suicidio.)

Aunque no haya demarcación fija entre las tres clases, puede decirse que la primera tiene por carácter específico una perturbación de la inteligencia; que la segunda es más bien del orden afectivo, y que la tercera depende de un debilitamiento de la voluntad. Estas dos últimas se excluirán rigurosamente de nuestro estudio porque provienen de la patología de los sentimientos y de la voluntad. Es mucho mejor atenernos á los casos puros de toda mezcla, que á los que son rigurosamente comparables con el estado de monoideismo relativo, que se llama la atención.

Aun restringiéndose este grupo, no faltan los ejemplos de ideas fijas. Se les ha dado diversos nombres, según su carácter predominante. En los unos, la idea fija toma una forma matemática (aritmomanía). ¿Por qué tienen los hombres tal estatura? ¿Por qué las casas tal dimensión? ¿Por qué los árboles tal altura? Y así sucesivamente á propósito de

cada objeto. Más frecuentemente es una necesidad sin fin de calcular, de sumar, multiplicar. «Una mujer, que tenía numerosos síntomas de histerismo, no podía echar una mirada sobre una calle sin ponerse enseguida, y contra su voluntad, á calcular el número de adoquines de esa calle, después de todas las calles de la ciudad, después de todas las ciudades de Italia, y después de los arroyos y de los ríos. Si veía un saco de trigo, enseguida comenzaba en su cerebro un trabajo de cálculo sobre el número de granos contenidos en la ciudad, en la región, en el país entero... Confesaba que no sólo se sentía arrastrada por una fuerza irresistible á hacer cálculos tan extraños, sino que estas ideas fijas estaban tan bien organizadas, que si durante este penoso trabajo era interrumpida por la imposibilidad de ir más lejos ó por cualquiera otra, experimentaba un sentimiento de angustia con sufrimientos físicos imposibles de referir (1)». Se me muestra un

(1) Roncati en Buccola, *op. cit*, p. 6.

joven que pasa la mayor parte de su tiempo en calcular la hora de partida y de llegada á cada estación de los trenes de toda la superficie del mundo. Hasta concede vías férreas á los países que no las tienen, y reglamenta á su voluntad este servicio imaginario. Redacta indicadores muy complicados que cubren páginas enormes, rectifica curvas y establece concordancias en los puntos de bifurcación. Es, por otra parte, muy inteligente.

Otra forma de idea fija consiste en preguntar sin fin acerca de un problema abstracto, que los mismos enfermos juzgan insoluble. Los alemanes llaman á esto *Grübelsucht*, los ingleses «manía metafísica». La forma interrogativa que le es propia, ha hecho que se le designe con el nombre de *Fragetrieb*. Un hombre, cuya observación ha referido Griesinger, no podía oir la palabra «bello» sin representarse á su pesar una serie indescifrable é indefinida de cuestiones sobre los problemas más abstrusos de la estética. La palabra «ser» le lanzaba en una serie metafísica. Este en-

fermo, de mucha cultura, nos dijo en su confesión: «Yo arruino mi salud pensando sin cesar en problemas que la razón no podrá resolver jamás y que, á pesar de los esfuerzos más enérgicos de mi voluntad, me fatigan sin descanso. El curso de estas ideas, es incesante... Esta reflexión metafísica, es demasiado continua para ser natural... Cada vez que vuelven estas ideas, intento arrojarlas, y me exhorto á seguir el camino natural del pensamiento, á no embrollarme el cerebro con argumentos muy oscuros, á no abandonarme á una meditación de las cosas abstractas é insolubles. Y, sin embargo, no puedo sustraerme al impulso continuo que martillea mi espíritu, á la tendencia inmutable y fija que me persigue y no me deja un instante de calma (1).»

Presentaré, por razón de su carácter puramente intelectual, un último ejemplo de idea fija referido por Tamburini: «Un joven, estu-

(1) Griesinger, *op. cit.*—Para comprender el verdadero valor de la observación, hay que notar que se trata de un metafísico á pesar suyo.

diante de derecho, de padres neurópatas, estaba dominado por el pensamiento continuo de conocer el origen, el porqué, el cómo del curso forzoso de los billetes de Banco... Este pensamiento mantenía viva su atención á cada instante, y le impedía ocuparse de cualquier otra cosa; se interponía entre el mundo exterior y él; y aunque hiciese esfuerzos por olvidarlo, le era imposible conseguirlo. Juzgándose incapaz, á pesar de largas reflexiones y de múltiples investigaciones intentadas para resolver este problema, de entregarse á cualquier otro trabajo mental, cayó en tal estado de tristeza y de apatía, que quiso interrumpir el curso de sus estudios... Su sueño era incompleto é interrumpido; á menudo pasaba noches en vela, siempre absorto en su idea dominante. Hay que observar en este caso un fenómeno muy singular. A consecuencia de la tensión continua de su espíritu sobre el problema de los billetes de banco y del curso forzoso, concluyó por tener siempre delante de los ojos la imagen de los mismos billetes, con todas sus variedades de for-

ma, de tamaño y de color. La idea, con sus incesantes repeticiones y su intensidad, llegó á tener una fuerza de proyección que igualaba á la realidad. Pero él tenía siempre plena conciencia de que las imágenes que estaban delante de sus ojos no eran más que un juego de su imaginación.» Un tratamiento apropiado y algunas explicaciones muy claras dadas por un profesor, mejoraron su situación. «El velo que cubría su espíritu, después de haber sido suprimido en lo que se refería á los grandes billetes de banco, persistió todavía para los pequeños valores como el de cincuenta céntimos, cuya imagen continuaba apareciéndosele.» Ultimamente desaparecieron todas las perturbaciones.

Algunas veces, la idea fija consiste en la obsesión de nombres que se quieren recordar —nombres de indiferentes ó desconocidos (onomatomanía)—pero el sentimiento de angustia que le acompaña de ordinario debe hacerla clasificar con preferencia en nuestra segunda categoría.

Se dirá quizás: «Estas personas y sus se-

mejantes, son locas». Seguramente no son espíritus sanos; pero el epíteto de locos es inmerecido. Son debilitados, desequilibrados. La coordinación mental, frágil é inestable, cede al menor choque; pero es una pérdida de equilibrio, no una caída. Los autores que han buscado las causas determinantes de las ideas fijas, llegan todos á la misma conclusión: es un síntoma de degeneración. Se podría decir: No tiene ideas fijas el que quiere tenerlas. Hay una condición primordial exigida: una constitución neuropática. Puede ser hereditaria, puede ser adquirida. Los unos provienen de padres á quienes deben el triste legado de su organismo degenerado. Son, con mucho, los más numerosos. Los otros se han agotado por las circunstancias de la vida: fatiga física ó intelectual, emociones, pasiones vivas, excesos sexuales ó de otro género, anemia, enfermedades debilitantes, etc. (1). Finalmente, se llega al mismo resultado por los dos caminos. Así, la idea

(1) Para la exposición detallada de las causas, véase en particular Tamburini, *op. cit*, pág. 27.

fija, aun bajo la forma más sencilla, la que nos ocupa, que parece completamente teórica y encerrada en el campo de las operaciones intelectuales, no es, sin embargo, un suceso puramente interior, sin concomitantes físicos. Por el contrario, los síntomas orgánicos que le acompañan indican una neurastesia: dolores de cabeza, neuralgia, sentimiento de opresión, perturbación de la movilidad, de los vaso-motores, de las funciones sexuales, insomnio, etc. El fenómeno psíquico de la idea fija no es más que el efecto, entre otros muchos, de una única y misma causa. Sin embargo, conviene observar que, si al médico le basta con referir estas manifestaciones múltiples á un origen único, la degeneración, al psicólogo, le queda un trabajo mucho más difícil. Le sería preciso, además de la causa general, encontrar las causas *particulares* de cada caso. ¿Por qué tal forma ha predominado en tal individuo? ¿Por qué la preocupación exclusiva del cálculo en uno, de los nombres en otro, de los billetes de banco en otro? ¿Cuáles son las causas secundarias que han

impuesto una dirección? Cada caso se debería estudiar separadamente. Suponiendo que esta investigación pueda dar resultado, lo mejor sería comenzar por los casos más graves, los que hemos eliminado. En realidad, son más sencillos, y como algunos se refieren á un aparato orgánico determinado (por ejemplo, la idea fija de ciertos erotómanos), se encontraría en ellos un punto de partida y un hilo para guiarse. Pero aplicar desde luego el análisis psicológico á las formas intelectuales de la idea fija, es condenarse á un fracaso. Por lo demás, no tenemos que intentar aquí semejante trabajo. Nuestro único objeto es examinar más de cerca el mecanismo de la idea fija, para ver en qué se parece al de la atención, y en qué difiere.

A esta cuestión podemos responder inmediatamente. No hay entre ambos diferencia de naturaleza; sólo existe diferencia de grado; la idea fija tiene más intensidad, y sobre todo, más duración. Tomemos un estado cualquiera de atención espontánea, suponga-

mos que, por procedimientos artificiales, se puede reforzar y sobre todo, hacerle permanente, y se conseguirá su metamorfosis en idea fija; todo este conjunto de concepciones irracionales que le acompañan y que tienen un falso aspecto de locura, se le añadirán necesariamente por el solo hecho del mecanismo lógico del espíritu. El término «idea fija» designa la parte principal del estado psicológico completo, pero sólo una parte: el centro de donde todo sale, ó á donde todo vuelve. La permanencia de una sola imagen, de una sola idea, nada más, estaría en contradicción con las condiciones de existencia de la conciencia, que exige el cambio. El monoideísmo *absoluto*, si lo hay, se encuentra, cuando más, en las formas más altas del éxtasis, como diremos más tarde. El mecanismo de la idea fija consiste en asociaciones de estados de conciencia en una dirección única—asociaciones á veces débiles y poco coherentes, á menudo de un enlace lógico muy cerrado, que se expresa por interrogaciones incesantes.

Algunos autores, especialmente Westphal, notando las diferencias entre la idea fija y los desórdenes mentales calificados de locura, hacen esta advertencia importante: «La idea fija es una alteración *formal* del proceso de la ideación, no de su contenido»; en otros términos, hay alteración, no en la naturaleza, la calidad de la idea, que es normal, sino en la cantidad, su intensidad, su grado. Reflexionar sobre el origen de las cosas, ó la utilidad de los billetes de banco, es un acto perfectamente razonable, y este estado mental no es de ningún modo comparable al de un mendigo que se cree millonario, ó al de un hombre que se cree mujer. La perturbación «formal» consiste en esa necesidad invencible, que obliga á la asociación á seguir siempre un solo camino. Como hay intermitencias, cambios momentáneos de dirección en estos enfermos, que tienen una inteligencia viva y una cultura poco común, tienen conciencia plena de lo absurdo de su estado: la idea fija les aparece como un cuerpo extraño, alojado en ellos, que no

pueden expulsar; pero no llega á ocuparlos por completo, se queda en una «idea delirante abortada.»

Esta naturaleza *formal* de la idea fija, demuestra bien su estrecho parentesco con la atención. Esta, lo hemos dicho muchas veces, no es más que una actitud mental. Las percepciones, imágenes, ideas y emociones, son su materia; no las crea, no hace más que aislarlas, reforzarlas, ponerlas en claro: no es más que un modo.

El lenguaje usual mismo establece constantemente una distinción entre la forma ordinaria y la forma atenta de los estados del espíritu.

Estoy, pues, dispuesto á sostener con Buccola «que la idea fija es la atención en su más alto grado, el último extremo de su facultad de inhibición.» No hay ningún límite, ni aun flotante, entre ambas; y, para resumir, si se comparan una con otra: he aquí lo que se comprueba:

1.° En ambos casos, predominio é intensidad de un estado de conciencia, pero

muy superior en el caso de la idea fija. Esta, á consecuencia de condiciones orgánicas, es permanente, dura, dispone siempre de un factor psíquico de gran importancia: el tiempo.

2.° En ambos casos, el mecanismo de la asociación está limitado. Este estado de excepción dura poco en la atención; la conciencia vuelve espontáneamente á su estado normal, que es la lucha por la existencia entre dos estados heterogéneos. La idea fija impide toda difusión.

3.° La idea fija supone—es uno de los efectos ordinarios de la degeneración—un debilitamiento notable de la voluntad, es decir, del poder de reobrar. No hay estado antagónico que pueda reducirla. El esfuerzo es imposible ó infructuoso. De ahí ese estado de angustia del enfermo, consciente de su impotencia.

Fisiológicamente, puede representarse con verisimilitud la condición de la idea fija del modo siguiente: en estado normal, el cerebro trabaja todo él, es una actividad diseminada.

Se producen descargas de un grupo celular á otro, lo que es el equivalente objetivo de los cambios perpetuos de la conciencia. En el estado morboso, son activos sólo algunos elementos nerviosos; ó por lo menos, su estado de tensión no pasa á otros grupos. No es por lo demás necesario que los elementos nerviosos ocupen un punto ó una región limitada del cerebro; pueden estar separados con tal que estén estrechamente unidos y asociados para el trabajo común. Cualquiera que sea su posición en el órgano cerebral, están de hecho aislados: toda la energía disponible se ha acumulado en ellos, y no la comunican á otros grupos: de ahí su monopolio y su exagerada actividad. Hay una falta de equilibrio fisiológico, debido probablemente al estado de nutrición de los centros cerebrales.

Esquirol llamaba á la idea fija una catalepsia de la inteligencia. Se podría comparar también á un fenómeno de orden motor: la contractura. Esta es una contracción prolongada de los músculos; depende de un exceso de irritabilidad de los centros nervio-

sos; la voluntad es impotente para destruirla. La idea fija tiene una causa análoga: consiste en una tensión excesiva, y la voluntad no tiene poder sobre ella.

II

Podría llamarse la idea fija, la forma crónica de la hipertrofia de la atención: el éxtasis es en ella la forma aguda. No tenemos que estudiar por entero este estado extraordinario del espíritu. Lo hemos tomado por lo demás (1) por su lado negativo, el aniquilamiento de la voluntad; lo tomaremos hoy por su lado positivo: la exaltación de la inteligencia.

Relacionar la atención y el éxtasis, no es nuevo; la analogía de los dos estados es tan

(1) *Las enfermedades de la voluntad*, cap. V. Madrid, V. Suárez, 1899.

grande, que muchos autores se han valido de la atención para definir el éxtasis. «Es, dice Bérard, una exaltación viva de ciertas ideas que absorben de tal modo la atención, que las sensaciones están suspensas, los movimientos voluntarios detenidos, la acción vital misma, con frecuencia retrasada.» Para Michéa, es «una contemplación profunda, con abolición de la sensibilidad y suspensión de la facultad locomotora.» A. Maury se expresa aún más explícitamente. «Una simple diferencia de grado separa el éxtasis de la acción de fijar con fuerza una idea en la inteligencia. La contemplación implica todavía el ejercicio de la voluntad y el poder de hacer cesar la tensión extrema del espíritu. En el éxtasis, que es la contemplación llevada á su más alto poder, la voluntad, susceptible en rigor para provocar el acceso, es impropia para suspenderle (1).»

Como para la idea fija, se pueden notar grados intermedios entre el estado normal y

(1) Maury, *le Sommeil et les Rêves*, pág. 235.

el éxtasis. Los hombres dotados de una atención potente, pueden aislarse espontáneamente del mundo exterior. Inaccesibles á las sensaciones y hasta al dolor, viven temporalmente en ese estado especial llamado la *contemplación*. La historia tan citada de Arquímedes, durante la toma de Siracusa, real ó falsa de hecho, es cierta psicológicamente. Los biógrafos de Newton, Pascal, W. Scott, Gauss y bastantes otros, han presentado bastantes ejemplos de este arrobamiento intelectual.

«Antes de la invención del cloroformo, los pacientes soportaban algunas veces grandes operaciones sin dar señal de dolor, y después declaraban que no habían sentido nada habiendo concentrado su pensamiento por un poderoso esfuerzo de atención en algún asunto que les cautivaba completamente.

«Muchos mártires han sufrido la tortura con una serenidad perfecta, que no tenían, según propia confesión, ninguna dificultad en mantener. Su atención estática (*entran-*

ced), estaba de tal modo llena por las visiones beatíficas, que se presentaban á sus miradas alegres, que las torturas corporales no les causaban dolor alguno (1).»

El fanatismo político ha producido más de una vez los mismos efectos; pero por todas partes y siempre es una gran pasión la que sirve de punto de apoyo, lo cual prueba una vez más que las formas vivas y estables de la atención dependen de la vida afectiva, y sólo de ella.

Dejemos los grados intermedios para llegar al éxtasis franco, y abandonemos todas las demás manifestaciones físicas y psíquicas que acompañan este estado extraordinario para no considerar más que un solo hecho: la extrema actividad intelectual, con concentración sobre una única idea. Este es un estado de ideación intensa y circunscrito; la vida entera está llevada al cerebro, que piensa donde una representación única lo absorbe todo. Sin embargo, el éxtasis, aunque eleva

(1) Carpenter, *Mental Physiology*, cap. III.

en cada individuo la inteligencia al más alto poder, no puede trasformarla. No puede obrar sobre un espíritu limitado é ignorante como en uno muy cultivado y de altos vuelos. Podemos, pues, en vista de nuestro asunto, distinguir dos categorías de místicos. En unos, el acontecimiento interior consiste en la aparición de una *imagen*-maestra alrededor de la cual todo gira (la Pasión, la Natividad, la Vírgen, etc.), y que se traduce por una sucesión regular de movimientos y discursos: tales como María de Mærl, Luisa Lateau, la estática de Voray. En otros, los grandes místicos, el espíritu, después de haber atravesado la región de las imágenes, alcanzan la de las *ideas* puras, y allí se fijan. Trataré de demostrar después que esta forma superior del éxtasis realiza á veces el monoideísmo completo, absoluto; es decir, la perfecta unidad de la conciencia, que no consiste más que en un solo estado, sin cambio.

Para dirigir esta marcha ascendente del espíritu hacia la unidad absoluta de la conciencia de que la atención misma, la más con-

centrada, no es sino un pálido bosquejo, no tenemos necesidad de recurrir á hipótesis probables ni de proceder teóricamente, y *á priori*. Encuentro en *El castillo interior* de santa Teresa la descripción, parte por parte, de esta concentración progresiva de la conciencia que, partiendo del estado ordinario de difusión, reviste la forma de la atención, la pasa, y poco á poco, en algunos casos, llega á la perfecta unidad de la intuición. En verdad que este documento es único; pero una buena observación vale más que ciento medianas (1). Puede, por lo demás, inspirarnos plena confianza. Es una confesión hecha por mandato del poder espiritual, es la obra de un espíritu muy delicado, muy hábil en observar, y que sabe manejar su lengua para expresar los más fines matices.

Ruego al lector que no se deje desviar por la fraseología mística de esta observación,

(1) Es probable que se encontraran otras, hojeando la literatura mística de los diversos países. Los pasajes citados están sacados de *El castillo interior*, y un pequeño número de la *Autobiografía*.

que no olvide que es una española del siglo XVI la que se analiza, en el lenguaje y con las ideas de su tiempo; puede traducírsela en el lenguaje de la psicología contemporánea. Voy á ensayar esta traducción, limitándome á demostrar esa concentración, siempre creciente, ese recogimiento incesante del campo de la conciencia, descrito según una experiencia personal.

Hay, dice ella, un castillo hecho de un solo diamante, de una belleza y de una pureza incomparables; entrar allí, habitarle, es el fin del místico. Este castillo es interior en nuestra alma; no hay que salir de nosotros para penetrarle, mas el camino es largo y difícil. Para alcanzarle, hay que recorrer siete moradas; se franquea por siete grados de «oración». En el estadio preparatorio se está aún sumergido en la multiplicidad de las impresiones y de las imágenes, en «la vida del mundo». Traduzcamos: la conciencia sigue su curso ordinario, normal.

La primera morada es alcanzada por la «oración vocal». Interpreto yo; la oración

en voz alta, la palabra articulada, produce un primer grado de concentración, hace volver á una vía única la conciencia dispersada.

La segunda morada es la de la «oración mental», es decir, que la interioridad del pensamiento aumenta; el lenguaje interior sustituye al lenguaje exterior. El trabajo de concentración se hace más fácil; la conciencia no tiene ya necesidad del apoyo material de las palabras articuladas ú oídas para no desviarse; le bastan imágenes vagas de signos que se desenvuelven en serie.

La «oración de recogimiento» marca el tercer grado. Aquí, lo confieso, me hace vacilar la interpretación. No puedo ver en ella apenas más que una forma superior del segundo momento, separada por su matiz sutil, apreciable sólo por la conciencia del místico.

Hasta aquí ha habido actividad, movimiento, esfuerzo; todas nuestras facultades están todavía en juego. Ahora es preciso «no ya pensar mucho, sino amar mucho.» En otros términos, la conciencia va á pasar de

la forma discursiva á la forma intuitiva; de la pluralidad á la unidad; tiende á ser, no ya una radiación alrededor de un punto fijo, sino sólo un estado de intensidad enorme. Y este paso no es el efecto de una voluntad caprichosa, arbitraria, ni del solo movimiento del pensamiento entregado á sí mismo; es preciso el adiestramiento de un poderoso amor, el «golpe de la gracia», es decir, la conspiración inconsciente de todo el ser.

La «oración de quietud» introduce en la cuarta mansión, y entonces «el alma no produce ya, sino que recibe»; es un estado de alta contemplación que no han conocido únicamente los místicos religiosos. Es la verdad apareciendo bruscamente de una pieza, imponiéndose como tal, sin los procedimientos lentos y largos de un demostración lógica.

La quinta mansión ú «oración de unión» es el comienzo del éxtasis; pero es inestable. Es la «entrevista con el divino esposo», pero sin posesión duradera. «Las flores no han he-

cho más que entreabrir sus cálices, no han esparcido sino sus primeros perfumes.» La fijeza de la conciencia no es completa, tiene oscilaciones y huídas; no puede todavía mantenerse en este estado extraordinario y antinatural.

Por último, alcanza el éxtasis en la sexta mansión por la «oración de arrobamiento.» «El cuerpo se pone frio, se suspenden el habla y la respiración; los ojos se cierran, el más ligero movimiento causaría los mayores esfuerzos. Los sentidos y las facultades quedan fuera... Aunque de ordinario no se pierde el sentimiento (la conciencia), *me ha ocurrido estar enteramente privada;* esto hà sucedido rara vez y por poco tiempo. Lo más á menudo, se conserva el sentimiento, pero se experimenta no sé qué perturbación; y aunque no se pueda accionar en el exterior, no se deja más que de oir. Es como un sonido confuso que vendría de lejos. Sin embargo, *aun este modo de oir cesa cuando el éxtasis está en su más alto grado.*

¿Qué es, pues, la séptima y última man-

sión que se alcanza por el «vuelo del espíritu?» ¿Qué hay más allá del éxtasis? La unificación con Dios. Se hace «de una manera repentina y violenta, con tal fuerza, que en vano se intentaría resistir á ese impulso impetuoso.» Entonces Dios desciende á la sustancia del alma, que no forma más que un todo con él. —No es á mi parecer una vana distinción la de estos dos grados de éxtasis. En su más alto grado, la abolición misma de la conciencia es alcanzada por su exceso de unidad. Esta interpretación parece legítima si nos atenemos á los dos pasajes que he subrayado anteriormente: «Me ha ocurrido estar completamente privada del sentimiento.» «Este modo de oir, cesa cuando el éxtasis está en su más alto grado.» Se podrían citar otros tomados del mismo autor. Es curioso que, en uno de estos grandes éxtasis, la Divinidad, se le aparece sin forma, como una abstracción perfectamente vacía. He aquí por lo menos cómo se expresa: «Diré, pues, que la Divinidad es como un diamante de una transparencia soberanamente limpia y mucho mayor

que el mundo (1).» Me es imposible ver aquí otra cosa que una simple comparación y una metáfora literaria. Es la expresión de la perfecta unidad en la intuición.

Este documento psicológico nos ha permitido seguir á la conciencia poco á poco hasta su último grado de concentración, hasta el monoideismo *absoluto;* nos permite además responder á una cuestión provocada á menudo, y que no se ha resuelto más que teóricamente. ¿Puede subsistir un estado de conciencia uniforme? Parece que el testimonio de algunos místicos permite una respuesta afirmativa. Ciertamente, es una verdad positiva y fútil que la conciencia no vive sino por el cambio. Por lo menos, está reconocida desde Hobbes: «Idem sentire semper et non sentire, ad idem recidunt»; pero esta ley está infringida en algunos individuos excepcionales, en casos muy raros, y durante muy poco tiempo.

En el éxtasis ordinario, la conciencia alcanza su máximum de recogimiento y de

(1) *Autobiografía*, p. 526.

intensidad, pero conserva todavía la forma discursiva: no difiere de una atención muy fuerte más que en el grado. Unicamente los grandes místicos, con un impulso más vigoroso, han llegado al monoideísmo absoluto. Todos en todos los países, en todos los tiempos, sin conocerse, han considerado la unidad perfecta de la conciencia, el Ενωσις como la consumación suprema del éxtasis, rara vez alcanzado. Plotino no había obtenido este favor más que cuatro veces en su vida, según Porfirio, que no lo obtuvo más que una vez, á la edad de sesenta y seis años (1). En este punto extremo, la conciencia no puede durar mucho tiempo: cosa que ellos declaran. Pero esta inestabilidad, que razonan á su manera, por ser indignos de una felicidad semejante, por la imposibilidad para un ser finito de hacerse infinito, se explica en realidad por causas psicológicas y fisiológicas. La conciencia está fuera de sus condiciones necesarias de existencia, y los elementos ner-

(1) Porphyre, *Vie de Plotin*, cap. XXII.

viosos, que son los sostenes y los agentes de esta prodigiosa actividad, no pueden bastar para ello por mucho tiempo. Entonces se vuelve á caer á tierra, se vuelve á ser «el borriquillo que se marcha paciendo.»

III

El debilitamiento de la atención es extraordinario en la manía, que consiste, como es sabido, en una sobrexcitación general y permanente de la vida psíquica. La difusión no es sólo interior; se traduce sin cesar al exterior, y se gasta á cada momento. Hay una agitación constante, un deseo continuo de hablar, de gritar, de moverse violentamente. El estado de conciencia se proyecta inmediatamente al exterior. «Los maniacos, dice Griesinger, pueden hacer durante un tiempo á veces muy largo un gasto de fuerza muscular, para la que no bastaría un hom-

bre sano. Se los ve pasar semanas ó meses enteros casi sin dormir, presos de un furor violento, y la única explicación de ese enorme gasto muscular parece ésta: á consecuencia de una anomalía de la sensibilidad de los músculos, estos enfermos no tienen el sentimiento de la fatiga.» Al mismo tiempo, las sensaciones, las imágenes, las ideas, los sentimientos, se suceden con tal rapidez, que alcanzan apenas el grado de la conciencia completa y, á menudo, para el espectador el lazo de asociación que los une, pasa desapercibido por completo. «Es una cosa, decía uno de ellos, verdaderamente prodigiosa la extraordinaria velocidad con que se suceden los pensamientos en el espíritu». Así, en resumen, en el orden mental, una carrera desordenada de imágenes y de ideas; en el orden motor, un flujo de palabras, de gritos, de gestos, de movimientos impetuosos.

No es necesario detenerse en hacer ver que todas las condiciones contrarias al estado de atención se encuentran reunidas en la manía. No hay ni concentración, ni adapta-

ción posibles, ni duración. Es el triunfo del automatismo cerebral entregado á sí mismo y libre de todo freno. Así, en los maniacos, hay á veces una exaltación extraordinaria de la memoria: pueden recitar largos poemas olvidados desde hace mucho tiempo.

En este caos intelectual, ningún estado consigue durar. «Pero que se logre obrar poderosamente sobre el espíritu de un maníaco que un suceso imprevisto fije su atención, de repente se le verá razonable, y la razón se sostiene mientras la impresión conserve bastante poder para fijar su atención (1)». He aquí otro ejemplo que nos muestra de qué causas depende la atención espontánea.

Comprenderemos bajo el nombre general de agotamiento un grupo de estados bastante numeroso en que la atención no puede pasar de un grado muy débil. No es que tenga que luchar, como en la manía, contra un automatismo excesivo; su debilidad proviene de sí misma: se encuentran ejemplos de esto

(1) Esquirol, *Maladies mentales*, tít. II, pág. 47.

en los histéricos, en ciertos melancólicos, en el comienzo de la embriaguez, en la proximidad del sueño, en la fatiga extraordinaria, física ó mental. Los niños atacados de corea son también poco capaces de atención.

Estos estados morbosos ó semimorbosos, confirman la tesis que hemos sostenido anteriormente (al estudiar el estado normal): que el mecanismo de la atención es esencialmente motor. En el agotamiento, hay imposibilidad ó dificultad extraordinaria en fijar la atención. Esto, repito, significa que un estado intelectual no puede predominar ni durar, ni producir una adaptación suficiente. Este agotamienio cerebral, que resulta de un vicio cualquiera de nutrición, se traduce de dos modos: primero, por un estado de conciencia sin intensidad y sin duración; enseguida, por una insuficiencia de influjo nervioso motor. Si los movimientos que, como se dice, «acompañan» á la atención, movimientos de la respiración, de la circulación, de la cabeza, de los miembros, etc., no tienen vigor; si todos estos fenómenos motores son, como lo soste-

nemos, no concomitantes, sino elementos de las partes integrantes de la atención, que ponen al estado intelectual un límite, un sostén y, por decirlo así, un cuerpo; si tienen por efecto en el estado normal reforzar la sensación, la imagen ó la idea por una acción de vuelta, claro es que estas condiciones están aquí ausentes ó amortiguadas y que no pueden producirse sino ensayos de atención, débiles ó sin duración, que es lo que sucede.

Tomemos el caso de la embriaguez, el más sencillo, el más vulgar de todos, que tiene la ventaja de que se puede seguir hasta el fin la disolución de los movimientos. Es una ley biológica muy conocida que la disolución sigue el orden inverso de la evolución, que su trabajo destructor marcha de lo complicado á lo sencillo, de lo menos automático á lo más automático. Esta ley se verifica en la embriaguez. Primero, se alteran los movimientos más delicados, los de la palabra, que se dificulta; los de los dedos, que pierden su precisión; más tarde los movimientos semiautomáticos, que componen la marcha, el

cuerpo vacila; todavía más tarde, el borracho no es ni aun capaz de sostenerse sentado, cae al suelo; por último, pérdida de los reflejos, está completamente borracho; en el extremo, pérdida de los movimientos respiratorios. Dejemos las últimas fases de la disolución de los movimientos, que son puramente fisiológicas, volvamos al principio, y veamos lo que pasa en la conciencia. ¿Es después de beber cuando se es capaz de atención, y sobre todo de reflexión? El estado de locuacidad que se produce entonces en ciertos hombres, es el contrario del estado de concentración. El poder de suspensión se debilita; se entregan sin reserva: «In vino veritas.» Después, poco á poco, se oscurece la conciencia; sus estados flotan indecisos, sin contornos claros, como fantasmas. El debilitamiento de la atención y el de los movimientos va, pues, á la par: son dos aspectos de un suceso único en el fondo.

Sin embargo, se presenta otra cuestión; no queremos tratarla de paso, y no haremos más que indicarla al lector. Si el estado de ago-

tamiento nervioso impide la atención, veríamos aquí su origen. El hombre sano es capaz de atención, de esfuerzo, de trabajo, en el sentido más amplio; la debilidad es incapaz de atención, de esfuerzo, de trabajo. Pero el trabajo producido procede de alguna parte, no cae del cielo, no puede ser sino la trasformación de una energía preexistente, el cambio de una labor de reserva en trabajo actual. Este trabajo de reserva, almacenado en la sustancia nerviosa, es el efecto de las acciones químicas que allí se verifican. Tal sería, pues, la condición última de la atención. Yo me atengo, por el momento, á esta simple observación (1).

El sueño, según la teoría generalmente admitida, es también consecuencia de un agotamiento, y quizá de una especie de intoxicación. Los autores, poco numerosos, que han estudiado la atención durante el sueño, parten de la hipótesis implícita ó explícita de

(1) Véase la Conclusión, § 2.

que es un poder, una facultad, y se han preguntado si está suspendida. Para nosotros, la cuestión se presenta de otro modo; se trata simplemente de saber si durante los ensueños se constituye el *estado* de monoideísmo relativo.

Es cierto que si menudea una sensación, una imagen, se hace predominante en esta serie de estados de conciencia que se desarrollan durante los ensueños en un curso rápido y desordenado. Se produce entonces un movimiento de suspensión; hasta tenemos el sentimiento de una adaptación por lo menos parcial y temporal; por último, el estado predominante va siempre acompañado de alguna afección ó emoción fuerte (miedo, cólera, amor, curiosidad, etc.); de modo que encontramos todos los caracteres esenciales de la atención espontánea.

¿Hay igualmente equivalentes de la atención voluntaria artificial? Primeramente, hay que separar una categoría de casos que se intentaría presentar como ejemplos afirmativos. Tales son las soluciones de los proble-

mas, los descubrimientos científicos, las invenciones artísticas ó mecánicas, las combinaciones ingeniosas que se han revelado en sueños. Tartini, Condorcet, Voltaire, Franklin, Burdach, Coleridge y otros muchos, han referido observaciones personales bastante conocidas para que me limite á recordarlas. Pero todo esto es el resultado del automatismo cerebral, es decir, de un modo de actividad que está en completo antagonismo con la atención voluntaria. No se descubre, no se inventa, no se resuelve más que según las costumbres del espíritu. Coleridge compone un poema, pero no resuelve problemas de álgebra. Tartini acaba su sonata, pero no inventa una combinación financiera. Es un largo trabajo de incubación anterior, ya consciente, ya, lo más á menudo, inconsciente (es decir, puramente cerebral), que alcanza bruscamente el momento del nacimiento.— El estado del espíritu, durante los ensueños, es lo más desfavorable posible á la constitución de la atención voluntaria. Por una parte, rapidez é incoherencia de las asocia-

ciones; por otra, desaparición ó debilitamiento extraordinario de toda coordinación.

Las más altas formas, las más delicadas, las más complejas, desaparecen las primeras. Sin embargo, el poder voluntario no está siempre suspendido, puesto que tratamos á veces de mantenernos en un estado que nos gusta, ó de sustraernos á una situación desagradable. También hay casos que presentan, por lo menos, un bosquejo de la atención voluntaria, lo que es bastante natural en los que han contraído el hábito. A veces el absurdo de ciertos ensueños nos subleva, y nos ponemos á sacar de ellos, por nosotros mismos, las contradicciones. Hacemos ciertos cálculos, cuya inexactitud nos choca, y nos esforzamos por descubrir las causas de error (1). Pero ésta es la excepción. Si el sueño no fuese la suspensión del esfuerzo bajo una de sus formas más penosas, no sería una reparación.

Para el sonambulismo natural, y todavía más para el hipnotismo, la cuestión está lejos de dilucidarse. Braid, que ha sido el primero

(1) Véanse algunos ejemplos en Sully, *Illusions*, c. VII.

que ha despojado al sonambulismo provocado de lo maravilloso que le rodeaba, reduce toda la psicología de este fenómeno á una concentración de la atención: lo que se ha sostenido con algunas variaciones por Carpenter Heidenhain, Schneider, sobre todo Beard (de New-York). Para este último, «es una perturbación funcional del sistema nervioso, en el cual la actividad está concentrada en una región limitada del cerebro, permaneciendo inactivo el resto, cosa que produce la pérdida de la volición». Según su comparación favorita, la corteza cerebral se parece á una araña iluminada con gas por numerosos mecheros. Cuando todos están encendidos, es la vigilia; cuando todos están reducidos sin estar extinguidos por completo, es el sueño; cuando todos están apagados, excepto uno solo que brilla con todo su esplendor y consume todo el gas, es la hipnosis con sus diversos grados.— Esta teoría de la «atención concentrada» ha sufrido más de una crítica (1), y parece difí-

(1) Para las críticas, consúltese Stanley Hall, en *Mind*, Abril 1885, y Gurney, *ibid*, Octubre 1884.

cilmente aplicable á todos los casos. El hipnotismo producido en las gallinas y en los cangrejos por el P. Kircher, Czermak, Preyer, ¿se puede atribuir á una concentración anormal de la atención? Es cierto que el hipnotizado está bien preparado para el monoideísmo; pero éste, producido artificialmente por sugestión, ¿es asimilable á la atención propiamente dicha? ¿No se aproxima más bien á la idea fija?

IV

El idiotismo tiene grados, desde la nulidad completa de la inteligencia, hasta la simple debilidad de espíritu, según el punto en que se ha producido la suspensión del desarrollo. Algunos imbéciles hasta tienen un talento particular (para las artes mecánicas, el dibujo, la música, el cálculo), que resalta tanto más cuanto que está rodeado por el vacío. Se

han comparado estas facultades aisladas con los instintos de los animales.

Las condiciones más elementales de la atención faltan, ó no aparecen sino por rachas. Los sentidos mal formados no trasmiten sino impresiones obtusas. Los centros superiores, son impropios para elaborarlas y unirlas. El estado del poder *motor*, factor esencial de la atención, merece observarse. Presenta siempre anomalías: paralisis, convulsiones, contracciones, epilepsia, ó un automatismo limitado que repite indefinidamente los mismos movimientos: balancear constantemente el cuerpo, acompañándose con un canto monotonò y golpear las paredes, abrir y cerrar indefinidamente el mismo mueble, etc. Ningún poder de coordinación ni de registro. «Los imbéciles, los idiotas, dice Esquirol, están privados de la facultad de atención, lo que les hace incapaces de educación. Yo he repetido con frecuencia sobre ellos esta observación. Queriendo vaciar en yeso la mascarilla de un gran número de locos, lo he conseguido con los maniacos, aun fu-

riosos, y con los melancólicos; pero no he podido obtener de los imbéciles que tuviesen los ojos cerrados el tiempo bastante para recibir el yeso, por buena voluntad que pusiesen para esta operación. Hasta he visto llorar á algunos por que no había resultado el vacíado, é intentar muchas veces, pero en vano, conservar la postura que se les daba y no poder cerrar los ojos más de un minuto ó dos (1)». En el grado inferior, no tienen ni aun la atención espontánea del animal por su propia conservación. Los menos refractarios ofrecen probabilidad á la educación. Séguin y otros han obtenido algunos resultados por una domesticación paciente. Sin investigar si los grandes esfuerzos hechos en este sentido desde hace más de medio siglo tienen un valor social, y si esta suma de trabajo no se podría haber gastado más útilmente, vemos que todos los diversos sistemas de educación tratan de constituir algunos estados predominantes y reguladores; es decir, una especie de aten-

(1) Esquirol, *Maladies mentales,* t. I, p. 11.

ción. Se comienza por actos de una extraordinaria sencillez. Así, en ciertos asilos de los Estados Unidos, para despertar la atención de los idiotas, se les enseña á meter clavijas en un agujero, á repetir un aire musical, á asociar una palabra á ciertas figuras (1).

En resumen, la atención es una actitud del espíritu; diría un estado *formal* si no se hubiera abusado de esta palabra. Se podría representar gráficamente la totalidad de sus manifestaciones normales y morbosas por una línea recta que se bifurca por ambas extremidades. En el centro, pongamos la atención espontánea media. Siguiendo nuestra línea imaginaria, á la derecha, en el sentido de la intensidad creciente, tenemos la atención espontánea fuerte, después la preocupación, después la idea fija débil; la línea se bifurca para representar los dos grados extremos, la idea fija confirmada y el éxtasis. Volvamos á nuestro punto de partida para ir á la izquierda en el sentido de la intensidad

(1) Séguin, Traité de l'educatión des idiots, París 1840; Ireland, *Mental idiocy*.

decreciente. Tenemos la atención voluntaria, primero bajo una forma de hábito organizado, después bajo su forma media, después vacilante; por último, una bifurcación que responde á estos dos extremos: el decaimiento temporal, la imposibilidad de la atención. Entre cada forma y sus próximas, hay matices que no estudiamos aquí; pero así apreciamos la comunidad de origen de todos estos estados, y su unidad de composición.

CONCLUSIÓN

La atención depende de los estados afectivos.—La vida afectiva se reduce á necesidades, tendencias y deseos, acompañados ó no de conciencia. —Estos casos implican siempre una inervación motora en un grado cualquiera.—Condición física más general de la atención.

I

Hemos tratado de establecer que la atención, bajo todas sus formas, tiene por condición inmediata y necesaria el interés—es decir, estados afectivos naturales ó artificiales —y que su mecanismo es motor. No es una

facultad, un poder especial, sino un *estado intelectual* predominante á consecuencia de causas complejas que determinan una adaptación corta ó larga. Hemos insistido bastante sobre el papel de los movimientos para no volver sobre él; pero conviene estudiar un poco esos estados afectivos que suscitan y sostienen la atención. Hasta aquí nos hemos limitado á consignar su papel, sin decir nada de su naturaleza.

No se trata de presentar al lector, de paso y bajo forma de episodio, una psicología de los sentimientos. Me propongo solamente demostrar que, por el solo hecho de que la atención depende siempre de estados afectivos, implica *in radice* elementos motores. Así, nuestra tesis principal se justificará una vez más y de un modo nuevo.

Ante todo hay que deshacerse de un prejuicio muy acreditado; el de creer que el fondo de la vida consiste en el placer y el dolor. El uno y el otro no son más que efectos, resultados, indicios, signos, que muestran ciertos apetitos, inclinaciones ó tendencias, que se

satisfacen ó contrarían. No representan más que la porción superficial y final del fenómeno, la única que entra en la conciencia. Son las agujas del reloj, no el mecanismo. Las verdaderas causas de la vida afectiva deben buscarse mucho más abajo, en lo íntimo del organismo. Los sentimientos, emociones, pasiones, tienen su origen primordial en la vida vegetativa. Lo que proviene del corazón, de los vasos, de los órganos digestivos, respiratorios, sexuales, en una palabra, de todas las vísceras, es la materia primera de la sensibilidad, como todo lo que procede de los sentidos externos es la primera materia de la inteligencia; y de igual modo que fisiológicamente, la vida vegetativa precede á la vida animal, que se apoya en ella, psicológicamente, la vida afectiva precede á la vida intelectual que también se apoya en ella. Los estados designados con el nombre de necesidades, apetitos, aficiones, inclinaciones, tendencias, deseos, son los resultados directos é inmediatos de la organización de cada animal, y constituyen el fondo verdadero de la vida afectiva.

Diremos con Espinosa: «El apetito es la esencia misma del hombre... El deseo es el apetito con conocimiento de sí mismo... Resulta de todo esto, que lo que funda el esfuerzo, el querer, el apetito, el deseo, no es que se haya juzgado que una cosa es buena, sino por el contrario, se juzga que una cosa es buena *porque* se tiende hacia ella por el esfuerzo, el querer, el apetito, el deseo». En su origen, el placer no se busca por sí mismo, ni la pena se evita por sí misma, puesto que está muy claro que no se puede buscar ni evitar lo que no se conoce. Sólo el animal capaz de experiencia, es decir, de memoria y de reflexión, puede buscar ó evitar por sí mismos los estados agradables ó desagradables que ya ha experimentado. Luego los psicólogos—y son numerosos—que definen la sensibilidad «la facultad de experimentar el placer y el dolor», y que, por consiguiente, consideran estos dos fenómenos como los caracteres esenciales, no descienden hasta el origen verdadero de la vida afectiva. Para definir, no por los efectos, sino por la causa, sería preciso decir:

«Es la facultad de desear, y *por consiguiente*, de experimentar placer y dolor (1)». Además, estas necesidades, apetitos, deseos (para mayor brevedad, los designaremos en adelante con la única palabra tendencias), son ellos mismos efectos de la organización, son la expresión inmediata de su modo de ser, permanentes ó transitorios.

Estaría fuera de propósito amontonar aquí hechos y argumentos para establecer que el placer y el dolor dependen de las tendencias, y éstas dependen del organismo. Para proceder de una manera á la vez demostrativa y rápida, bastará con una corta excursión por la patología de los estados afectivos. Vamos á ver lo agradable y lo desagradable, variar exactamente como las tendencias. Allí donde el hombre normal, con inclinaciones normales, encuentra el placer, el hombre anormal, de inclinaciones anormales, encuentra el dolor, é inversamente. El placer y el dolor

(1) Empleo incidentalmente su terminología, sin aceptarla por mi propia cuenta.

siguen la tendencia, como la sombra sigue al cuerpo.

Comencemos por las tendencias unidas á la función fundamental: la nutrición. Todo el mundo conoce los «caprichos» de las embarazadas. A seguida de una nutrición incompleta en los primeros meses, se producen las perturbaciones digestivas, circulatorias, secretorias, que se traducen por caprichosos apetitos, gustos depravados. Les agrada comer tierra, paja, tabaco, hollín. Las mismas tendencias se encuentran en ciertos histéricos y cloróticos neurópatas.—El comienzo de la locura está algunas veces indicado por un régimen alimenticio, excéntrico y desordenado. Se citan casos de gentes á quienes gusta comer arañas, sapos, lombrices.—Más bajo todavía, se encuentra la «coprofagia» y la «escatofagia». Fué necesario vigilar un enfermo para impedirle que tragase el contenido de las escupideras de una sala en un hospital (1).

(1) Campbell, en *Journal of mental science*, Julio 1886.

Las mismas inversiones en el olfato. Ciertos neurópatas encuentran desagradable el olor de las rosas, y les agrada el de la valeriana ó de la asafétida.

¿Es necesario hablar extensamente de las desviaciones é interversiones del instinto sexual? Los ejemplos abundan. Aun atribuyendo una gran parte á la imitación y á la perversión, á lo que parte más bien de la cabeza (imaginación), que de los sentidos, nos queda todavía abundante cosecha. Siempre se impone la misma conclusión; cambiad la organización y cambiais las tendencias y la posición del placer y del dolor; éstos no son más que fenómenos indicadores, signos de que las necesidades, cualesquiera que sean, están satisfechas ó contrariadas.

Si se piensa que las tendencias que acabo de enumerar, son de naturaleza demasiado fisiológica, puedo aducir el grupo de los impulsos irresistibles: la invencible necesidad de beber, robar, incendiar, matar, suicidarse. Para la conciencia, estos impulsos no tienen causa ni motivo racional, porque su

verdadera causa, las condiciones de su génesis, están por bajo de ella, y no conoce mas que los resultados de ese trabajo inconsciente. Esas necesidades irresistibles se producen bajo formas muy diversas. Las más frívolas como las más feroces son instructivas para la psicología. Así, es un inconveniente inofensivo para la sociedad la «onomatomanía»: la investigación del nombre de un desconocido leído una vez por casualidad en un periódico, angustia al enfermo, le impone el imsomnio y la angustia. ¡Qué cantidad de nombres olvidamos todos sin preocuparnos de ellos! Pero aquí se presenta una necesidad anormal, absurda. Hasta que no alcanza su objeto, engendra dolor; cuando lo ha alcanzado, hay placer. Notemos también que cuando un impulso irresistible, cualquiera que sea (robo ó asesinato), se realiza, hay un momento de descanso y de satisfacción.

Estas manifestaciones morbosas han sido estudiadas en nuestros días; se las considera como síntomas de una causa única: la degeneración. De modo, que encontramos

siempre el mismo encadenamiento; anomalía en la organización, anomalía en las tendencias que la expresan, anomalía en la posición del placer y del dolor.

Admitido esto—que lo esencial de la vida efectiva consiste en las tendencias, conscientes ó no (la conciencia no juega en todo esto más que un papel subordinado)—¿Cómo debemos representarnos estas tendencias? La sola idea positiva que es posible formarse es la de considerarlas como movimientos (ó suspensiones de movimientos) reales ó en estado naciente. Entran así en el orden de los fenómenos motores; en otros términos, una necesidad, una inclinación, un deseo, implica siempre una *inervación motora* en un grado cualquiera.

El carnicero que ha cogido su presa y la ha destrozado con los dientes y las garras, ha conseguido su fin y satisfecho sus tendencias con la ayuda de un gasto considerable de movimientos. Si suponemos que no ha cogido todavía su víctima, pero la ve y la acecha, todo su organismo se encuentra en una ten-

sión extrema: dispuesto á obrar, los movimientos no se realizan, pero el más pequeño impulso les hace pasar al acto. En un grado más débil, el animal corretea buscando con los ojos y por el olor alguna presa que el azar de la caza le proporcionará: este es un estado de semi-tensión: la inervación motora es mucho menos fuerte y vagamente adaptada. En fin, en un grado más débil, todavía está en su cueva; la imagen indecisa de una presa, es decir, el recuerdo de aquéllas que ha devorado, pasa por su espíritu; el elemento motor es muy poco intenso, se halla en estado naciente y no se traduce por ningún movimiento visible. Lo cierto es que en estos cuatro grados hay continuidad, y existe siempre en juego un elemento motor con una sencilla diferencia, de más á menos.

El ejemplo elegido es tosco, á propósito para que sea claro. Habríamos podido igualmente elegir el amor, la aversión ó el miedo, y partiendo de sus manifestaciones motoras más tumultuosas y por disminuciones sucesivas que se encuentran en la experiencia, re-

ducir á un estado puramente interior, que no es más que una inervación motora extremadamente débil, un movimiento en su estado naciente.

La tendencia se encuentra unida á un fenómeno fisiológico que le da cuerpo. Este no es más que un «estado del alma», de carácter misterioso y trascendente. Pensamientos, inclinaciones, deseos, todas estas palabras y sus sinónimos significan un movimiento naciente ó abortado, según que está apto para evolucionar hasta su último límite, ó que deba sufrir una suspensión de desenvolvimiento. El estado de conciencia concomitante puede indiferentemente aparecer ó desaparecer; la tendencia puede ser consciente é inconsciente, pero la inervación motora persiste siempre como elemento fundamental.

He aquí, pues, la conclusión á que llegamos: la atención depende de estados afectivos; los estados afectivos se reducen á tendencias; las tendencias están en el fondo de los movimientos (ó suspensiones de movimientos) conscientes ó inconscientes. La aten-

ción espontánea ó voluntaria está, pues, unida á condiciones motoras desde su origen mismo.

II

Nos falta todavía hacer algunas indicaciones sobre la condición física más general de la atención.

Si se quiere observar á los hombres tal como son, tomados en masa, no los espíritus educados y cultos, como lo hacen casi todos los fisiólogos, se reconocerá sin esfuerzo que la atención espontánea y, sobre todo, la atención voluntaria, son estados excepcionales. Eliminemos, desde luego, la rutina de la vida; toda esa masa enorme de costumbres que nos mueven como autómatas son estados de conciencia vagos é intermitentes. Eliminemos los períodos de nuestra vida mental

en que estamos pasivos, porque el orden y la sucesión de nuestros estados de conciencia nos son dados desde fuera, y su serie nos es impuesta como una lectura de mediano interés, una ocupación manual ú otra cualquiera que suponga una sucesión de actos en un orden fijo. Eliminemos ese estado de reposo relativo para el espíritu, donde «no se piensa en nada», es decir, donde los estados de conciencia no tienen ni intensidad ni determinación clara: la dejadez intelectual, el ensueño en todos sus grados. Eliminemos todos los estados de agitación y pasión violenta con su flujo desordenado y su difusión de movimientos. Estas eliminaciones hechas, y quizá algunas otras, pueden inscribirse bajo el concepto general de la atención. En esta parte general, los casos de atención espontánea son la mayoría; los casos francos y claros de atención voluntaria, son los menos; en muchos hombres y mujeres, equivalen á casi nada. Hemos intentado dar razones fisiológicas de esta diferencia. Pero hemos notado también incidentalmente el hecho de obser-

vación vulgar que, en el estado de fatiga, de desfallecimiento, la atención es muy difícil, con frecuencia imposible, siempre sin duración. Consiste en que por su naturaleza la atención, más que ningún otro estado intelectual, exige un gran gasto de fuerza física, que debe producirse en condiciones particulares.

Recordemos una vez más que sólo existe por reducción del campo de la conciencia, lo que equivale decir que *fisiológicamente* supone la entrada en actividad de una parte pequeña del cerebro. Que se represente esta parte como una región localizada ó, lo que es más probable, como formada de elementos diversos, esparcidos en la masa del encéfalo, y trabajando de concierto con exclusión de los otros, es indiferente. El estado normal de la conciencia supone la difusión con trabajo cerebral diseminado. La atención supone la concentración con trabajo cerebral localizado. Cuando el cerebro pasa del estado normal al estado de atención intensa, es análogo á lo que sucede cuando en lugar de sostener un

peso sobre nuestros hombros debemos sostenerlo con un solo dedo. Este trabajo, que pertenece todo él á una fracción del órgano, no puede provenir más que de la trasformación rápida de energía potencial ó de reserva en energía actual. Todo trabajo fisiológico deriva de acciones químicas producidas en el organismo, que á su vez tienen por origen los alimentos y el oxígeno. Esta producción de trabajo, resultado de la nutrición, está lejos de ser constante. Es inevitable que en los débiles, el trabajo de reserva falte y que, por consiguiente, el desfallecimiento se produzca pronto. Aun en los mejor dotados, el capital acumulado se gasta deprisa si la atención tiene intensidad y duración. Parece, pues, que la última condición física exigida por la atención, consiste en lo que los fisiólogos llaman la dinamogenia; es decir, según la definición de Brown-Séquard, «el poder que poseen ciertas partes del sistema nervioso de hacer aparecer con prontitud un aumento de actividad por un influjo puramente dinámico.» Este autor ha referido la observación de

una joven (1) que, todos los domingos, al sonido de una campana, entraba en éxtasis y se estaba doce horas de pie sobre el borde resbaladizo de su cama, sin apoyarse más que con los dedos y un poco de la superficie plantar, sin ser turbada en su inmovilidad por tres choques electro-magnéticos violentos, pasó el resto de la semana en cama, agotada, casi incapaz de movimiento. Para ejecutar este gran trabajo durante medio día sin interrupción, fué necesario desenvolver un prodigioso esfuerzo de acción en el aparate motor. ¿No es verisímil que los casos de atención extraordinaria y prolongada supongan en ciertas partes del sistema nervioso una sobreactividad análoga, que vaya igualmente seguida de un período de fatiga y de impotencia? La dinamogenia es además un estado fisiológico tan poco conocido en sus causas, que no sería provechoso insistir para sacar de ella deducciones fisiológicas.

Debe notarse que lo que precede no se re-

(1) *Dictionnaire encyclopéd des sciences médicales*, art. Dynamogenie, y *Gazette hebdomadaire*, 20 Enero 1882.

laciona rigurosamente más que á condiciones *físicas* de la atención. Los términos, trabajo, trasformación de la energía, no tienen valor y sentido más que en el orden de los fenómenos físicos: el estado de conciencia, el fenómeno interior (cualquier idea que se tenga de él) no tiene con ellos una medida común. La «fuerza física», de la que hablan algunos autores, no es más que una metáfora, á menos que se entienda por ella las condiciones físicas de un estado de conciencia, y nada más. Sostener que una atención poderosa depende de la posibilidad de una trasformación de energía potencial en energía actual es, pues, indicar una de sus condiciones materiales fundamentales, y nada más.

Habría muchas consecuencías prácticas que indicar al terminar este estudio sobre la atención, pero renuncio á ello. Mi único objeto era analizar su mecanismo. Este objeto no creo haya sido tratado en ninguna parte en la medida de su importancia. He ensayado hacerlo según la teoría de la evolución, mos-

trando que la atención voluntaria no es más que una forma superior, extrema, originada de formas inferiores por procedimientos semi-inconscientes, semiconscientes.

FIN

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

LA ATENCIÓN ESPONTÁNEA

CAPÍTULO II

LA ATENCIÓN VOLUNTARIA

CAPÍTULO III

LOS ESTADOS MORBOSOS DE LA ATENCIÓN

Páginas.

CONCLUSIÓN